
El origen y la evolución del apoyo a la democracia en España. La construcción del apoyo incondicional en las nuevas democracias (*)

Mariano Torcal Loriente

España ha contado desde el inicio de la transición con un apoyo mayoritario a la democracia que no sólo ha ido aumentando, sino que ha ido adquiriendo una naturaleza incondicional que ha permitido crear un “área de seguridad actitudinal” que lo ha hecho inmune a las vicisitudes políticas y económicas del sistema e incluso superar los legados de los pasados conflictos políticos. Este proceso de cambio, que ha generado una consolidación democrática desde el punto de vista actitudinal, ha sido principalmente el resultado de los acontecimientos políticos de la transición y consolidación y de la naturaleza inclusiva de los acuerdos entre los principales actores políticos del sistema, especialmente en su intento de no hacer del “asunto del régimen” un elemento de disputa política.

Palabras clave: apoyo a la democracia, actitudes políticas, democratización, apoyo específico y difuso, generaciones políticas.

El apoyo mayoritario de los ciudadanos a los gobiernos democráticos constituye, según una parte de la literatura, una de las bases que dan estabilidad a todo régimen democrático de nueva creación. Linz y Stepan (1996: 5-6) en concreto sostienen, en su conocido libro sobre consolidación democrática, que un régimen democrático joven

(*) Quiero expresar mi gratitud a Alejandro Moreno y Sunnee Billingsley por sus comentarios sobre la versión anterior de este trabajo y también por los recibidos por dos evaluadores anónimos. También quisiera agradecer la ayuda recibida por la traducción de este texto en una versión anterior del inglés a Carolina Fraile, y por la ayuda prestada por Carolina Galais en alguna fase del mismo. Así mismo, deseo dar las gracias a la Comisión Europea por la financiación del proyecto “Sistemas de valores de los ciudadanos e indicadores socioeconómicos. Desafíos de la democratización para la ampliación de la UE” (proyecto # HPSE-CT-2001-00062), y al Ministerio de Educación y Ciencia (proyecto # SEC2002-03364).

puede considerarse consolidado cuando “es aceptado por todos como el único juego posible”, lo que implica que disfruta del apoyo mayoritario de sus ciudadanos. Sin embargo, el apoyo a la democracia no es sólo una cuestión de mayorías de ciudadanos que así lo expresan. El apoyo para que tenga un efecto “consolidador” debe ser incondicional, lo que significa que deviene inmune a los conflictos políticos diarios, a las crisis económicas y políticas, y a la insatisfacción con el funcionamiento y logros del sistema, generando una “zona de seguridad” democrática desde el punto de vista actitudinal. Es por ello que es el único tipo de apoyo que puede contribuir a la consolidación definitiva de las democracias de nueva creación. Cuando este tipo de apoyo está presente entre los ciudadanos de estas democracias, podemos considerar que se ha producido un “efecto de consolidación actitudinal”, que completa el proceso de consolidación democrática (Torcal, 2002 y 2007).

En los últimos años, una mayoría de ciudadanos ha declarado en España que la democracia es la forma de gobierno más adecuada (y por tanto, la única aceptable)¹, aunque haya coexistido con altos niveles de desafección política y niveles variables e inconexos de satisfacción con su funcionamiento (Maravall, 1984 y 1995; Montero y Torcal, 1990; Gunther, 1992; Morán y Benedicto, 1995; Montero, Gunther y Torcal, 1997; Torcal, 2006). Además, este apoyo mayoritario ha sido incondicional, como puede observarse en el hecho de que ha dejado de depender de las preferencias ideológicas o partidistas, o de las valoraciones sobre los resultados económicos y de los logros del sistema de cada uno de los ciudadanos (Maravall, 1995; Torcal, 2007). Esta autonomía del apoyo democrático con respecto a estas actitudes y opiniones ha generado una “zona de seguridad” actitudinal en el nuevo régimen democrático español. Pero, ¿cómo se creó este alto nivel de apoyo democrático y a qué se debe su estabilidad en el tiempo? ¿Ha sido este apoyo de naturaleza incondicional desde el primer momento?

Muchos expertos han atribuido este alto nivel de apoyo democrático en España al cambio de actitud derivado del proceso de modernización que tuvo lugar en los años sesenta y la última parte del régimen franquista, durante el cual se produjo un resurgimiento de la sociedad civil española y una reaparición de la “España Democrática”. Este cambio de actitud no sólo facilitó la transición a la democracia, sino que además, según esta misma literatura, la hizo inevitable (López Pintor, 1982: 90 y 1987; Pérez Díaz, 1993: 4-5 y 40-6; Edles, 1995: 248).

En este artículo se cuestiona la idea de que el apoyo democrático se gestara principalmente bajo el anterior régimen no democrático e intentaré demostrar que los altos niveles de apoyo democrático que muestran los españoles actualmente se deben en gran medida a un “proceso de resocialización adulta” que generó un cambio de actitud global significativo. Este cambio de actitud de los españoles se produjo en pocos años y no

1. Según Linz (1978: 16, y 1988: 65), el apoyo a la democracia se puede considerar “la creencia de que, pese a sus defectos y errores, las instituciones políticas son mejores que cualquier otra opción posible”.

sólo provocó un aumento del nivel de apoyo democrático general que se ha mantenido estable desde entonces², sino que además facilitó la aparición de un apoyo democrático incondicional durante el transcurso de los primeros años del funcionamiento del nuevo sistema. También se argumentará que este proceso de cambio actitudinal es consecuencia de la política de consenso tan extendida durante la transición y consolidación democráticas (López Pintor, 1987: 1006-7; Gunther, 1992: 51-61; Montero y Torcal, 1990: 42), es decir, que este cambio actitudinal depende de la naturaleza (inclusiva o no) y posterior evolución de la coalición que fundó el sistema durante la transición y la consolidación democrática, así como de la ausencia en la agenda política de “la cuestión del régimen”, dejándola, como consecuencia, fuera de la contienda electoral entre los principales actores políticos durante este periodo de incertidumbre, cambios e inestabilidad política.

Las dos primeras secciones de este trabajo están dedicadas a discutir qué se entiende por apoyo incondicional a la democracia, cómo medirlo, y su efecto sobre la consolidación democrática. En el siguiente apartado se discute la evolución del apoyo a la democracia desde finales de los años setenta en una perspectiva diacrónica, para mostrar su crecimiento monotónico durante estos años. Las siguientes secciones están dedicadas a mostrar el proceso de construcción del apoyo incondicional con un análisis generacional primero, y luego con análisis de regresión logística múltiple que tienen como variable dependiente el apoyo democrático en distintos periodos de la reciente democracia española.

LA NATURALEZA DEL APOYO INCONDICIONAL Y LA CONSOLIDACIÓN DEMOCRÁTICA

El apoyo a la democracia no sólo es una cuestión de números y porcentajes de ciudadanos que así lo manifiesten. Es importante que este apoyo sea incondicional, es decir, un apoyo relativamente inmune a los vaivenes en la satisfacción con el funcionamiento del sistema, sus resultados sociales y económicos, o el respaldo electoral obtenido por las diferentes opciones políticas. Pero, ¿cómo podemos identificar ese apoyo incondicional?

Aunque el apoyo a un sistema democrático pueda depender en cierta medida de la evaluación de ciertos logros, el hecho de que el apoyo a la democracia se mantenga pese a las distintas situaciones de crisis es, en buena medida, un indicador general de la solidez de dicho apoyo (Linz, 1978: 18; Merkl, 1988: 43-46). En realidad, como se ha

2. Pese a lo que otros expertos han defendido (Justel, 1992; McDonough *et al.*, 1998), este cambio de actitud se produjo sólo con el apoyo democrático y no con otras actitudes ciudadanas, lo que generó una gran cantidad de “demócratas desafectos” o “demócratas críticos” (Montero, Gunther y Torcal, 1997).

dicho, no puede afirmarse que exista un alto nivel de legitimidad solamente cuando una democracia es apoyada por un abanico amplio de ciudadanos. Este hecho puede ser una condición necesaria, pero no suficiente. Como afirma Offe (2006: 26), la legitimidad democrática no solamente depende de que una persona tenga una actitud positiva sobre el juego democrático y las instituciones de representación, sino también de los argumentos y razones dados para aceptarlos. El apoyo incondicional (o difuso, si se prefiere, usando los términos eastonianos) se observa cuando entre estas razones no abundan aspectos coyunturales o cálculos instrumentales, propiciando una “zona de seguridad” actitudinal que hace que el apoyo a la democracia sea inmune a los vaivenes actitudinales y políticos. Cuando la presencia de este apoyo es evidente, se completa el “efecto de consolidación actitudinal”.

Reducir la cuestión del apoyo a la democracia a la existencia o no de mayorías es lo que ha propiciado las críticas que ciertos autores han vertido sobre la discusión de la legitimidad. Como algunos de ellos afirman, para que el concepto de consolidación tenga algún sentido es necesario dejar de lado la cuestión de la legitimidad (Di Palma, 1990: 144; Przeworski, 1986: 50; 1991: 54; Przeworski *et al.*, 1996; O'Donnell, 1996). Contar el número de demócratas carece de importancia ya que, según ellos mismos afirman, lo que importan son los intereses de los distintos actores políticos y los de la ciudadanía. Los compromisos de tipo normativo con la democracia no son definitivos a menos que los actores principales observen beneficios de equidad evidentes con la llegada del nuevo régimen (Przeworski, 1991: 26) o sus logros económicos y sociales sean suficientemente satisfactorios (Mishler y Rose, 1999: 94-97). Esto implica que, para estos autores, el apoyo a la democracia es puramente instrumental y endógeno al propio sistema político a través de sus logros y de las instituciones que se instauren (Przeworski, 1991: 31-33 y 95). Contrariamente a lo que Lipset (1960) argumentó en su momento, estos autores defienden que “las evaluaciones *ex post* pueden modificar compromisos realizados *ex ante*”, lo que hace de los compromisos normativos y morales algo problemático e incierto (Przeworski, 1991: 14). Como Boix (2005: 5) ha afirmado recientemente, una democracia estable y exitosa “sólo tendrá lugar si ambos, ganadores y perdedores, tienen interés en aceptar los resultados que generen las elecciones periódicas y la composición de los gobiernos a que den lugar”. En otras palabras, lo que estos autores defienden, utilizando de nuevo la terminología eastoniana, es que el apoyo a la democracia es siempre “específico” en su naturaleza y por tanto instrumental, haciendo que la estabilidad del apoyo a la democracia dependa solamente de la existencia de una aceptación instrumental por parte de los principales actores políticos y de la aparición, como consecuencia, de un equilibrio auto-sostenido (Przeworski, 1991; Weingast, 1997). De este modo, continúan, el concepto de consolidación democrática deviene tautológico o incluso teleológico (O'Donnell, 1994).

Sin embargo, el apoyo a la democracia contiene al mismo tiempo un elemento normativo y uno instrumental. Esto es lo que Easton (1965) diferenció entre apoyo “difuso

so” y apoyo “específico” respectivamente. En este sentido, no les faltan argumentos a estos autores cuando afirman que el grado (niveles) de apoyo a un sistema democrático no puede ser un indicador válido de su consolidación, es necesario conocer el peso del componente incondicional de dicho apoyo. Por ello, para una apreciación más apropiada del efecto de consolidación democrática que puede tener el apoyo a la misma, es necesario discutir y mostrar empíricamente la naturaleza incondicional de dicho apoyo (Mishler y Rose, 1999; Offe, 2006). Sin embargo, esta discusión no puede reducirse simplemente a la determinación empírica de si la legitimidad puede reducirse a cálculos micro-económicos, o, por el contrario, si puede ser explicada en términos y formulaciones puramente normativas (véase Bratton y Mattes, 2007). Y ello no sólo porque resulta casi imposible distinguir empíricamente el apoyo instrumental, condicionado o específico del apoyo difuso o incondicional (Loewenberg, 1971; Muller y Jukam, 1977), sino también y mucho más importante, porque hay un constante proceso interactivo entre estos dos elementos del apoyo democrático (Linz, 1988: 91-93; Mishler y Rose, 1999: 78-79). Como afirma Linz (1978: 18), la relación entre “estas dos variables está lejos de ser plenamente transitiva y lineal” dado que los cálculos individuales pueden estar sesgados por compromisos normativos iniciales, y al mismo tiempo, el apoyo democrático inicial puede estar basado en cálculos instrumentales que produzcan, tras un tiempo, un apoyo de naturaleza normativa que resulte en un apoyo incondicional al régimen.

Por ello, el apoyo incondicional a la democracia y su “efecto consolidador” debería medirse en el grado de conflicto político y social que el “asunto del régimen” produce en la ciudadanía; es decir, debe observarse en la misma presencia o ausencia de un conflicto o *cleavage* basado en el “asunto del régimen” que no sólo explique la presencia o no del apoyo, sino que esté conectado con otras actitudes, valores y comportamientos que sirvan para movilizar o politizar determinados sectores de la sociedad o del espectro ideológico izquierda-derecha (Moreno, 1999). Por ejemplo, como Torcal y Mainwaring (2003) han demostrado, el problema con la consolidación de la democracia en Chile después de Pinochet fue mucho más allá de los relativos bajos niveles de apoyo al sistema; se observaba en el hecho de que el “asunto del régimen” fuese el factor más importante que explica el apoyo electoral dado a las dos coaliciones electorales dominantes del sistema.

LA CREACIÓN DEL APOYO INCONDICIONAL A LA DEMOCRACIA: UN CÁLCULO INSTRUMENTAL DE LARGA DURACIÓN

Existe una amplia variedad de hipótesis para explicar cómo se sostiene el apoyo a los sistemas democráticos y, en menor medida, cómo se genera dicho apoyo. En conjunto estas hipótesis pueden dividirse en tres categorías o tipos: explicaciones socioculturales, explicaciones macroeconómicas o microeconómicas y sociales, y explicaciones

de índole política. Los partidarios de las teorías socioculturales sostienen que a medida que una sociedad se va modernizando, sus ciudadanos tienden a dar más apoyo a los sistemas democráticos y a moderar sus posturas políticas (Lipset, 1960: 78-9). Otra explicación sociocultural surge de la tradición sistémica cultivada por Easton y Dennis (1969: 5), quienes alegaban que el grado de apoyo que recibe un sistema político viene determinado por un proceso largo y complejo que depende del éxito que tengan los agentes de socialización “para inculcar a los niños sentimientos positivos hacia el mismo”. Como puede apreciarse, el rasgo distintivo de estas explicaciones es su preferencia por argumentos que impliquen procesos de cambio económico, social y cultural de larga duración.

Las explicaciones macroeconómicas y microeconómicas y sociales se centran en la importancia de los resultados económicos y sociales en los sistemas democráticos. Según los defensores de estas interpretaciones, la estabilidad del apoyo de los ciudadanos a un régimen democrático depende de su valoración sobre los resultados del gobierno y de sus logros económicos y sociales. En este caso, las expectativas de los ciudadanos en relación con el crecimiento económico continuado, los efectos del reparto del mismo y la prosperidad general aumentarían el potencial de disminución del apoyo democrático (Przeworski, 1991: 26; Mishler y Rose, 1999: 94-97).

En cambio, y por último, las explicaciones de tipo político se centran en procesos mucho más inmediatos, que son endógenos al funcionamiento del propio sistema político (Przeworski, 1991: 31-33 y 95) y que tienen que ver no con lo que el nuevo sistema produce, sino en “cómo” lo produce (Bratton y Mattes, 2007: 202). Por ello, algunos de sus defensores sostienen que la disminución del apoyo a un régimen democrático puede deberse a factores como las características de su sistema de partidos (Powell, 1982: 74-110), la inestabilidad gubernamental (Schmitt, 1983; Harmel y Robertson, 1986) o la naturaleza de los gobiernos formados con mayorías parlamentarias y los resultados electorales variables (Lijphart, 1977 y 1999; Nordlinger, 1972; McRae, 1974; Boix, 2005). El segundo tipo de explicaciones políticas se centra en el papel de la oposición política y el carácter inclusivo de las coaliciones fundadoras del sistema (Linz, 1978: 27-49). Por último, un grupo de expertos ha sostenido recientemente que la aprobación que recibe la democracia depende de su capacidad para garantizar el Estado de derecho y los derechos políticos fundamentales (Diamond, 1999; Bratton y Mattes, 2001 y 2007; Rose y Mishler, 2002).

Las conclusiones sobre la creación y estabilidad del apoyo democrático son, por tanto, muy contradictorias. Esto se debe, en cierta medida, a que gran parte de estas interpretaciones se centran en la cuestión de cómo se ha mantenido el apoyo a los sistemas democráticos en las democracias más tradicionales, pero estas hipótesis han sido objeto de análisis en las nuevas democracias en mucha menor medida. Con excepción de la literatura sobre la oposición política en la Europa de entreguerras, las explicaciones políticas propuestas en los estudios sobre el apoyo democrático citadas anterior-

mente se basan, en su mayoría, en el análisis de casos de democracias representativas que han existido durante más de sesenta años, es decir, donde el único sistema político que conocen los ciudadanos es la democracia y, por tanto, no han sido expuestos a otro tipo de regímenes. Es de esperar en estos casos que para los ciudadanos de esas democracias resulte difícil imaginarse que ésta sea sustituida por ninguna otra forma de gobierno. Obviamente, el problema de generalizar estos resultados es que, contrariamente a lo observado en las más tradicionales, los ciudadanos de las nuevas democracias tienen algún tipo de experiencia, directa o indirecta, con otros regímenes políticos distintos al democrático (Diamond, 1999), lo que es de esperar haya dejado su distintivo legado actitudinal y un lugar de referencia con el que poder comparar (Bratton y Mattes, 2007: 203). A diferencia de quienes sólo han conocido instituciones democráticas representativas, los ciudadanos de las nuevas han acumulado experiencias de al menos un tipo distinto de régimen político que usan como referente para evaluar el nuevo sistema (Di Palma, 1990). El apoyo al régimen en las nuevas democracias procede, por tanto, y en muchos casos, de una comparación con otros tipos de regímenes y, por ende, puede elegirse basándose en aquello que, cuando menos, desagrada en menor medida (Rose y Mishler, 1996: 53). Esto es lo que se conoce como la “Hipótesis de Churchill” (Rose, Mishler y Haerper, 1998). Por este motivo, el apoyo democrático en las nuevas democracias podría reflejar sólo una decisión racional individual basada en la comparación y evaluación de otros sistemas a partir de experiencias anteriores.

Es lógico, e incluso tautológico, argumentar que el nivel de apoyo al nuevo régimen depende del rechazo al régimen no democrático anterior. De hecho, aunque no son la misma cosa ³, el rechazo del régimen anterior, y por tanto, la aprobación del régimen actual, varían de manera simultánea. En mi opinión, esto se debe a que ambos proceden en parte de experiencias individuales con el sistema anterior y el actual, produciendo una interacción entre ambas. Pero esta variación simultánea de apoyo democrático y rechazo al gobierno no democrático refleja sobre todo un cambio actitudinal que nace de la experiencia política acumulada durante la transición a la nueva democracia y la consolidación de la misma (Rose y Mishler, 1996: 50). En este proceso de cambio, los actores y elites políticas y sociales más importantes desempeñan un papel fundamental. La ausencia o el fracaso de todo intento de politizar la cuestión de la aprobación del régimen anterior o el nuevo por parte de los actores políticos importantes es la explicación fundamental para este cambio actitudinal y su posterior cristalización. En otras

3. No obstante, como se ha argumentado, el apoyo al nuevo régimen y la aprobación de los anteriores no democráticos no son exactamente caras opuestas de la misma moneda y la segunda no es una condición previa para el apoyo democrático (McDonough, Barnes y López, 1998: 50-51). Algunas personas podrían valorar de forma positiva la experiencia del régimen no democrático y considerarla un paso necesario en el camino hacia la modernidad y el progreso, y sin embargo darle todo su apoyo al régimen democrático vigente (Linz y Stepan, 1996: 144-6).

palabras, la naturaleza inclusiva del pacto con el que se instaura el nuevo sistema democrático y la exclusión en la agenda política de la cuestión del régimen en los años de la transición y consolidación podrían favorecer el cambio actitudinal rápido que genera altos niveles de apoyo democrático (y rechazo hacia el régimen anterior), y la aparición del apoyo democrático incondicional.

La existencia de alguna forma de acuerdo o convergencia de la elite (Burton, Gunther y Higley, 1992) para la instauración del nuevo régimen podría propiciar la presencia de esta “zona de seguridad” actitudinal, pero esto no es suficiente para generar un cambio actitudinal; es necesario que haya una ausencia o fracaso de la politización de la “cuestión del régimen”. Es decir, la presencia de pactos exclusivistas o la falta de convergencia política en la instauración del régimen podrían llevar a ciertos actores, contrarios al nuevo régimen, a propiciar la instauración de una democracia. No hacerlo, entre otras cosas, representaría una amenaza para sus intereses, ya que podría privarle del apoyo de una parte importante de la sociedad. Ahora, si un actor importante opta por politizar la “cuestión del régimen” de una forma exitosa, priva al nuevo sistema del apoyo incondicional y de esa “zona de seguridad” actitudinal. Una condición necesaria para que se produzca el cambio actitudinal y la aparición de un apoyo incondicional es, por tanto, el fracaso o ausencia de todo intento de politizar la “cuestión del régimen” por parte de los actores políticos importantes, lo que depende, a su vez, como se ha dicho antes, de la presencia de un pacto fundacional inclusivo en la instauración del nuevo régimen y la exclusión de la cuestión del régimen de la agenda política de los actores políticos más destacados.

Obviamente los protagonistas de la transición no son totalmente libres en su tarea de fomentar, generar y regenerar rechazo hacia el régimen anterior y propiciar el apoyo al nuevo entre los ciudadanos. Antes bien, las posibilidades de producir un cambio actitudinal no sólo dependen de la existencia de un pacto fundacional inclusivo del régimen o del deseo de la elite de excluir la cuestión del régimen de la agenda política, sino que además ambos aspectos están muy influidos por el discurso legitimador del régimen anterior, por la percepción que tienen los ciudadanos de los logros y fracasos de dicho régimen, y los motivos y la naturaleza de su caída.

Todos estos factores condicionan los niveles de apoyo al régimen cesante, creando una serie de oportunidades para que ciertos actores políticos puedan hacer de la cuestión del régimen un elemento de potencial discusión en la agenda al principio de la transición y durante la consolidación. La herencia que recibe el régimen democrático, por tanto, condiciona la posibilidad de que exista un pacto inclusivo para la instauración de la democracia y una vuelta consensuada a la competencia política, así como la extensión del apoyo al nuevo régimen de todos los actores provenientes de todas las posturas ideológicas y de los distintos partidos. Pero la herencia también limita los incentivos de los principales actores políticos para incluir la cuestión del régimen en la agenda política en su lucha por conseguir el apoyo electoral de los ciudadanos. Por tanto, la presen-

cia o ausencia de un pacto fundacional inclusivo para la instauración del régimen democrático y el contenido de la disputa política durante la transición y consolidación (que también están condicionadas por la naturaleza, el discurso legitimador y los logros del régimen no democrático anterior) determinan la existencia o no del cambio actitudinal que pueda generar un apoyo incondicional al régimen y que complete de este modo el “efecto de consolidación actitudinal” del mismo.

Dicho esto, no pretendo negar la influencia en la creación de apoyo democrático incondicional de otros factores transnacionales como el discurso de legitimidad democrática reinante en el escenario internacional, o lo que se ha denominado el triunfo del “espíritu” o “*Zeitgeist*” democrático, o los efectos, en concreto en el sur de Europa, de las previsiones de su integración en la entonces CEE (Pridham, 1995: 166-203; Linz y Stepan, 1996: 113 y 140-141). Sin embargo, la construcción real del apoyo incondicional mayoritario a la democracia, al margen de sus preferencias políticas y posturas ideológicas, depende de la política nacional, sobre todo durante periodos de cambios políticos importantes e incertidumbre política (Weil, 1994: 104-6). Esta idea de la importancia de la política nacional no es nueva (Rose y Mishler, 1996: 50; Teorell, 2002; Bratton y Mattes, 2007); lo novedoso de mi argumento es la idea de que la política produce el cambio actitudinal racional rápido e instrumental que genera no sólo un mayor apoyo democrático, sino también un *apoyo democrático incondicional de larga duración*.

VEINTICINCO AÑOS DE APOYO DEMOCRÁTICO EN ESPAÑA

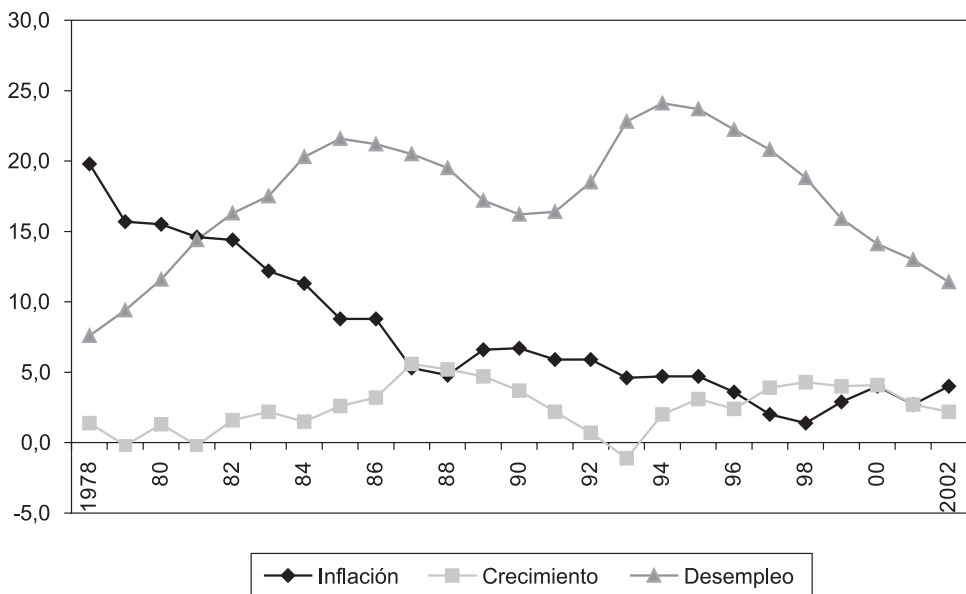
Los niveles de apoyo democrático en España se han mantenido elevados y bastante estables, con una pequeña tendencia de crecimiento exclusivamente monotónica. Esta imagen no coincide en absoluto con las notables fluctuaciones en la evaluación de la situación económica y política que durante estos años han realizado los españoles. La valoración de las situaciones económica y política han variado de manera considerable durante este periodo, mostrando fases muy distintas. Estas fases quedan reflejadas claramente en las valoraciones sobre la situación económica y política, pero, sorprendentemente, el apoyo democrático parece inmune a estas fluctuaciones.

En claro contraste con las elevadas tasas de crecimiento económico y la creciente prosperidad individual durante la última década y la segunda mitad del régimen autoritario de Franco, la transición hacia y la consolidación de la democracia estuvo rodeada de crisis económicas sucesivas provocadas entre otras razones por las “crisis del petróleo” de los años setenta. Como en el resto de países industrializados, en España la recesión alcanzó su máximo en 1981-1982, cuando el desempleo llegó a afectar al 20% de la población activa (García Delgado, 1990). Sin embargo, después de un periodo de transición económica, la economía española experimentó una rápida expansión entre mediados

y finales de los ochenta. Aunque el desempleo siguió siendo el más elevado de toda Europa Occidental, los niveles generales de riqueza aumentaron de manera considerable. Hubo un tercer periodo caracterizado por la recesión repentina y profunda que comenzó a principios de los noventa, cuando el desempleo aumentó por encima del 23%. El clima de crisis económica alcanzó su máximo en 1993, pero empezó a mejorar de forma notable, dando paso a un nuevo periodo de prosperidad y crecimiento que se ha prolongado hasta hoy. El gráfico 1, que representa la evolución anual de la situación económica a partir del PNB y las tasas de desempleo e inflación, muestra claramente estos cambios.

GRÁFICO 1.

INDICADORES ECONÓMICOS EN ESPAÑA EN 1978-2002 (datos anuales)



Fuente: *Economie Européene*, 1995, Tablas 3, 10, 26; *Anuario El País*, Madrid, 2002; Eurostat e INE (*Anuario Estadístico 2002*).

La situación política también fluctuó bastante durante este periodo. El gobierno de Unión de Centro Democrático (UCD) dirigido por Adolfo Suárez se llevó gran parte del mérito por el extraordinario éxito de la transición a la democracia. Esto permitió al presidente aprovecharse de la oleada de satisfacción tras la ratificación de la nueva Constitución en diciembre de 1978 y convocar elecciones anticipadas en marzo de 1979 que vinieron a confirmar dicho éxito. Pero poco después, el apoyo de los ciudadanos al

gobierno de UCD cayó en picado; reinaba la idea de que los gobiernos de UCD, débiles y divididos, no podían resolver los problemas que planteaba la crisis económica, la creciente violencia terrorista y una política regional incoherente (Gunther, 1986: 433-492). Por entonces se temía que la ineficacia del gobierno de UCD estuviera debilitando gravemente la legitimidad concedida inicialmente al sistema democrático. Este diagnóstico quedó resumido en el término “desencanto”, que hacía referencia a la desilusión que se produjo a raíz de las elevadas expectativas generadas durante la transición. Todo el mundo pensaba que este “desencanto” suponía una amenaza para la consolidación del nuevo régimen. No obstante, estos temores se disiparon después de las elecciones generales de 1982, que llevaron al Partido Socialista Obrero Español (PSOE) al poder con un gobierno mayoritario y facilitaron la recuperación económica.

Hacia finales de los años ochenta, la tasa de crecimiento económico de España era la segunda más alta de Europa, la inflación había disminuido de forma significativa y un gobierno socialista estable había conseguido éxitos notables en política tanto exterior como interior. Los problemas políticos empezaron de nuevo a finales de los ochenta y sobre todo a principios de los noventa. La oposición política al gobierno aumentó, los sindicatos convocaron huelgas generales, se produjo una sucesión de escándalos políticos relacionados con la financiación del partido socialista, aumentaron los casos de corrupción que afectaban a altos cargos de la ejecutiva nacional del mismo, y salieron a la luz una serie de crímenes cometidos en la lucha contra el terrorismo de ETA (Wert, 1996: 113-151). Todo ello coincidió con una crisis económica repentina y grave. La recuperación económica a mediados de los noventa y la victoria electoral de la formación política conservadora del Partido Popular (PP) en 1996 marcaron una desviación respecto de la situación política previa. Entre los años 1996 y 2000 la situación política fue estable, con una notable ausencia de escándalos políticos importantes en comparación con la legislatura anterior y un gabinete estable formado por el PP con el apoyo de la coalición de partidos nacionalistas catalanes (Convergència i Unió, CiU) y la coalición de partidos regionalistas canarios (Coalición Canaria, CC) en el Parlamento. El crecimiento económico durante este periodo fue extraordinario (muy por encima de la media de la UE), con una reducción inusitada de los niveles de desempleo. En el año 2000, el PP obtuvo la mayoría absoluta en el Parlamento por primera vez desde el restablecimiento de la democracia en España.

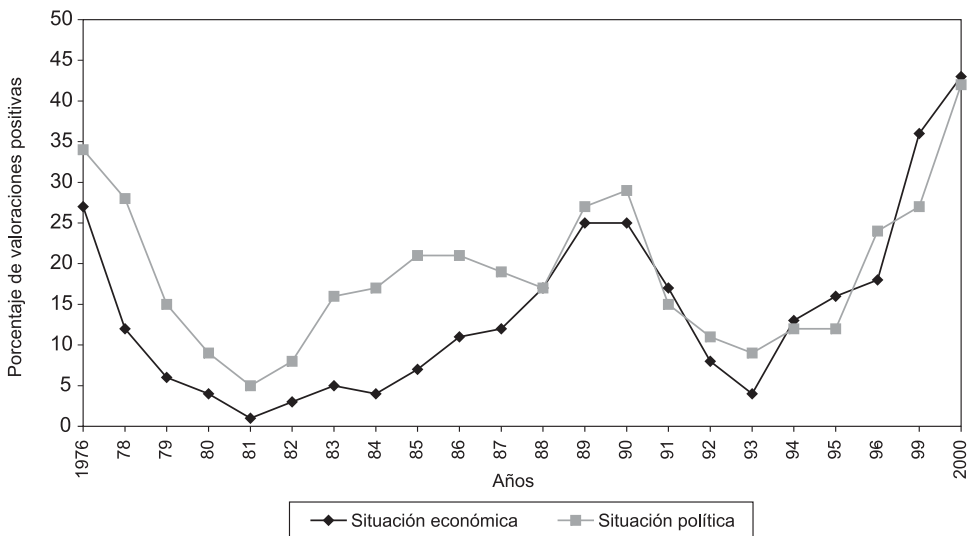
La evaluación de los españoles de la situación política y económica refleja estos hechos y fases. Como puede verse en el gráfico 2, el nivel de satisfacción con la situación económica muestra una correlación con la valoración de la situación política, y ambas son paralelas a las circunstancias variables mencionadas anteriormente⁴. Como

4. Las preguntas planteadas fueron las siguientes: “En general, ¿diría que la situación política (económica) actual es muy buena, bastante buena, ni buena ni mala, bastante mala o muy mala?”. Las valoraciones positivas en la figura incluyen las opciones “muy buena” y “bastante buena”.

podría esperarse, la insatisfacción con la situación económica se agudizó más precisamente en el punto máximo de las dos recesiones, y mejoró al final de la segunda con la vuelta a la prosperidad, alcanzando niveles muy altos a finales de los años noventa. La situación política siguió exactamente la misma pauta. Esto pudo deberse a la mejora de la situación económica, o ser una simple coincidencia con la mejora de la situación política. Lo que importa de todo ello es la correspondencia entre los diferentes periodos y fases de las situaciones política y económica y su evaluación por parte de los ciudadanos. De hecho, un análisis por ciclos temporales de la relación entre la situación económica y las valoraciones globales de la opinión pública ha mostrado que las personas están capacitadas para evaluar correctamente la situación económica (Maravall y Przeworski, 1998: 20).

GRÁFICO 2.

EVALUACIÓN DE LA SITUACIÓN POLÍTICA Y ECONÓMICA EN ESPAÑA EN 1976-2000



Fuente: Para 1976-1986, 1999 y 2000, CIS; para 1987-1996, CIRES.

¿Cómo ha evolucionado el apoyo a la democracia durante este periodo de tiempo?
 ¿El apoyo democrático ha mantenido las mismas pautas que las valoraciones de los ciudadanos sobre la situación política y económica? Parece evidente que el descontento político o falta de satisfacción con el funcionamiento de la democracia, una actitud claramente relacionada con y derivada de la insatisfacción con el gobierno responsable

(Torcal, 2002; Gunther, Montero y Torcal, 2007), es la única actitud que presenta oscilaciones importantes como reacción a las diferentes crisis políticas y económicas del sistema, mientras que el apoyo a la democracia parece más estable y se diría que no parece influido por las fluctuaciones en el tiempo de la situación económica y política y sus valoraciones por parte de los ciudadanos. El gráfico 3 muestra que el indicador de descontento político evoluciona y fluctúa de acuerdo con las valoraciones de la situación económica y política⁵. Esta evolución confirma que esta actitud se nutre principalmente de la satisfacción con la situación económica y política y con la labor realizada por las autoridades responsables del gobierno, e indica, en última instancia, el grado de apoyo al partido que se encuentra en el mismo.

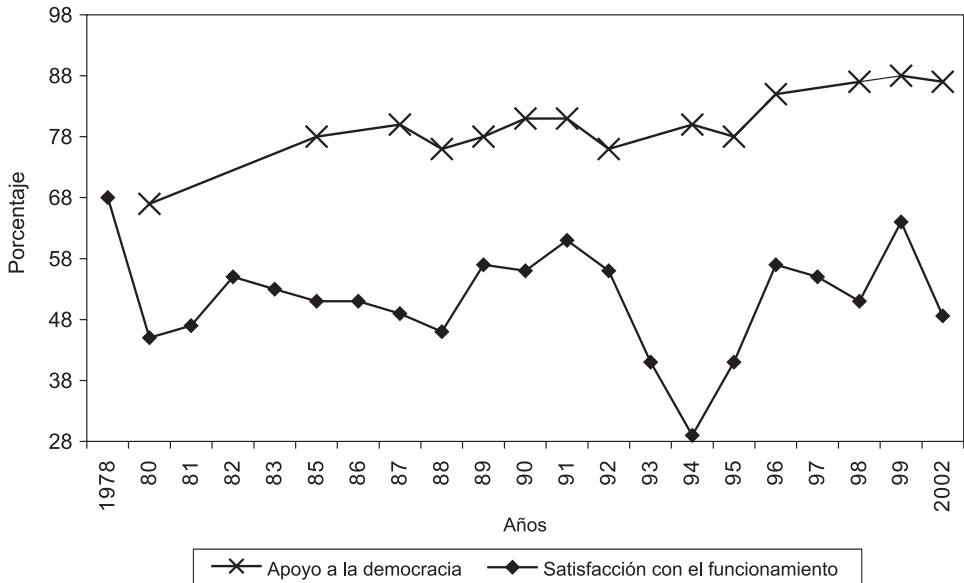
Al parecer, a los españoles les resulta fácil conectar sus valoraciones del gobierno en cuestión con la satisfacción con la situación económica, con la eficacia de la democracia para resolver los problemas, y, por último, con su satisfacción general con el funcionamiento del sistema democrático. Pero al mismo tiempo, los ciudadanos españoles tampoco parecen tener dificultades para diferenciar todo lo anterior del apoyo que otorgan a la democracia. Con excepción de un aumento repentino e importante a principios de los años ochenta, que comentaré más adelante, el apoyo a la democracia se ha caracterizado por la estabilidad con pequeños aumentos monotónicos pese a sus opiniones fluctuantes sobre la situación económica y política, e incluso sobre el mismo funcionamiento de la democracia. Entre 1985 y 2000, entre un 76 y un 88% de los españoles consideraba que la democracia era el sistema político más adecuado. Además, como han mostrado otros expertos, este apoyo a un sistema democrático apenas está condicionado por las posturas ideológicas o de partido. Por ejemplo, sólo una pequeña parte de los conservadores manifiesta su preferencia por las formas de gobierno autoritarias (Maravall, 1984: 121; Montero y Torcal, 1990: 53). La legitimidad alternativa a favor del autoritarismo y la lealtad a Franco nunca ha supuesto una amenaza para la democracia en España, ni siquiera durante la grave crisis política y los escándalos de corrupción que se produjeron en 1994 y 1995 (Morlino y Montero, 1995: 236-237).

Por tanto, los niveles de apoyo a la democracia se han mantenido en gran medida constantes y no se vieron afectados por las crisis económicas de principios de los años ochenta y noventa, ni el descontento generalizado con el gobierno de UCD antes de su fracaso electoral de 1982, ni los escándalos que acosaron al gobierno socialista en los años que condujeron a su derrota electoral en 1996, ni tampoco por el crecimiento económico notable que reinó durante la primera legislatura bajo el gobierno conservador de Aznar. Estas conclusiones ponen de relieve dos puntos fundamentales. En primer lugar,

5. Para obtener los datos del gráfico 3 se han utilizado preguntas sobre el nivel de satisfacción con el funcionamiento del sistema procedentes de encuestas del CIS y del Eurobarómetro ("En general, ¿está muy satisfecho, en parte satisfecho, no muy satisfecho o en absoluto satisfecho con el funcionamiento de la democracia en España?"), pero para el periodo entre 1978 y 1983 se preguntó si "la democracia permite solucionar los problemas de los españoles".

GRÁFICO 3.

DESCONTEÑO POLÍTICO CON EL FUNCIONAMIENTO DEMOCRÁTICO Y APOYO A LA DEMOCRACIA EN ESPAÑA EN 1978-2002



Fuente: Para la variable “Satisfacción con el funcionamiento”, serie temporal 1974-1994 del Eurobarómetro, Eurobarómetros 43, 48 y 49, CIS (estudios 2.218 y 2.107) y DATA (la formulación fue ligeramente distinta, “La democracia permite solucionar los problemas”). Para la variable “Apoyo democrático”, CIS, excepto para 2002, “Sistemas de valores de los ciudadanos e indicadores socioeconómicos. Desafíos de la democratización para la ampliación de la UE”.

que las actitudes vinculadas con la satisfacción o el funcionamiento del sistema están muy relacionadas con la evaluación de la situación económica y política, constituyendo todos ellos buenos indicadores de la valoración de los resultados del gobierno en cuestión y del apoyo otorgado al partido que lo ocupa. En segundo lugar, que el apoyo fundamental a la democracia es relativamente independiente, en términos tanto teóricos como empíricos, del descontento político, es decir, de las percepciones de la ineficacia del sistema y de la insatisfacción con el funcionamiento de la democracia.

LAS GENERACIONES Y LA POLÍTICA EN ESPAÑA

Para analizar la naturaleza del apoyo a la democracia y los posibles motivos de su aparición y evolución, debemos estudiar sus pautas de cambio y continuidad en las dis-

tintas generaciones. En otras palabras, debemos determinar si ciertas *generaciones políticas* se caracterizan por niveles de apoyo democrático diferentes, y observar si estas diferencias reflejan pautas específicas. Pero antes de entrar en el análisis hablaré brevemente del análisis longitudinal o generacional y la forma en que he clasificado las generaciones políticas en España.

Análisis longitudinal o generacional

Para detectar la existencia de diferentes generaciones políticas en relación con el apoyo democrático, llevaré a cabo un análisis longitudinal o generacional usando datos de encuestas transversales recogidos a lo largo de una serie de años. Este tipo de análisis puede detectar tres efectos diferentes que explican la continuidad o el cambio actitudinal: los efectos de cohorte, de periodo o de ciclo de vida.

La presencia de efectos de cohorte reflejaría la influencia en los niveles de apoyo democrático actuales de ciertos episodios políticos pasados que dejaron una innegable influencia durante los periodos de socialización de esas determinadas generaciones. Los efectos del periodo demostrarían lo volátil que podría llegar a ser esta actitud y su falta de conexión con o ausencia de efecto socializador con los acontecimientos políticos pasados. Los efectos de ciclo vital evidenciarían la influencia de la edad de las personas en el apoyo democrático; es decir, su apoyo o rechazo está condicionado por las condiciones de vida que acompañan al progresivo envejecimiento de los ciudadanos. Estos tres tipos de efectos pueden detectarse usando dos procedimientos: primero, mediante la especificación de un modelo que compruebe a nivel generacional la presencia relativa de estos tres efectos, y segundo, mediante un simple análisis visual de los gráficos generacionales. Este último es más fácil de interpretar y entender, pero no siempre capta la presencia de efectos de cohorte porque éstos suelen aparecer combinados con fluctuaciones intergeneracionales en la opinión como consecuencia de un hecho político específico (efecto de periodo). En otras ocasiones, los efectos del ciclo vital pueden confundirse con la presencia de un efecto de cohorte, igual que ciertas actitudes, pese a sus proporciones diferentes en las distintas generaciones, tienden a converger en todas las generaciones a medida que éstas se hacen mayores. Por otra parte, el uso de modelos es un procedimiento más completo y fiable, si bien conlleva algunas dificultades técnicas. Por ello, además de presentar gráficos generacionales contruidos a partir de las cifras agregadas de apoyo democrático por generaciones, he incluido algunos modelos de regresión muy sencillos para detectar estos efectos.

Además de la presencia de los tres efectos mencionados y sus combinaciones, hay otros factores importantes que se deberían buscar en un análisis longitudinal por generaciones. Cuando se detecta un efecto generacional, debe intentar determinarse cuáles son las diferencias intergeneracionales. Si las diferencias intergeneracionales son cons-

tantes pero *cuantitativamente pequeñas*, podemos llegar a la conclusión de que se trata de actitudes políticas con una continuidad intergeneracional importante, y por tanto no podemos esperar que el relevo generacional (la sustitución natural de las generaciones mayores por otras más jóvenes) genere o sea responsable de un cambio actitudinal. En cambio, si las diferencias entre generaciones son constantes y *cuantitativamente mayores*, podemos llegar a la conclusión de que existen divergencias intergeneracionales significativas debidas a experiencias políticas distintas vividas durante los respectivos procesos de socialización por las diferentes generaciones y, como consecuencia de ello, el relevo generacional natural será la fuerza impulsora del cambio actitudinal y su principal responsable (Jennings y Niemi, 1975: 1318; Jennings y Niemi, 1981: 7-9 y 117-124).

Generaciones políticas en España

En los estudios sobre cambios de actitud, los límites de la cohorte suelen fijarse tomando como referencia la fecha de nacimiento con el fin de intentar reflejar el efecto socializador de hechos históricos diferentes (Ryder, 1965; Mason y Fienberg, 1985: 12). Como sabemos, el análisis de cohorte se ha usado con frecuencia en estudios sobre el cambio y la continuidad de las actitudes, pero la forma de fijar los límites de la cohorte ha sido siempre una manzana de la discordia. Esto se debe no sólo a diferencias en la definición de los límites de la cohorte acorde con los acontecimientos políticos que hayan podido influir en las distintas generaciones, sino también a disparidades a la hora de establecer la edad de socialización básica. En este estudio me he centrado principalmente en la fase de “madurez política” (entre los 17 y 25 años de edad) porque este periodo se caracteriza por una mayor apertura a la socialización a través de agentes políticos no principales, y la familia y la escuela quedan relegados a un papel secundario. De este modo, he utilizado dos criterios para establecer los límites de la cohorte: el periodo de socialización entre los 17 y 26 años de edad, y los acontecimientos económicos, sociales y políticos más importantes en la historia reciente de España. Con estos criterios se han obtenido seis cohortes diferentes⁶.

6. La cohorte de más edad (la sexta, o generación de la *monarquía*) está integrada por las personas nacidas en 1914 o antes, quienes en 1977 (cuando se celebraron las primeras elecciones democráticas) tenían 63 años o más. Los miembros de esta generación cumplieron los 17 años antes de 1931, lo que significa que alcanzaron la edad adulta durante el reinado de Alfonso XIII, vivieron la dictadura de Primo de Rivera, su declive y la llegada de la Segunda República. La siguiente cohorte (la quinta, o generación de la *Guerra Civil*) está formada por las personas nacidas entre 1915 y 1923, que cumplieron los 17 años entre 1932 y 1940. Esta generación alcanzó la madurez política durante la Segunda República, la Guerra Civil y el comienzo de la posguerra. La siguiente cohorte (la cuarta, la generación de la *posguerra* o de la *autarquía*) está integrada por las personas nacidas entre 1924 y 1943, que cumplieron los 17 años de edad entre 1941 y 1960. Los miembros de esta generación entraron en la fase de socialización política adulta durante el difícil periodo de la posguerra, soportando una época de depresión económica extrema y dura represión política. La tercera gene-

Para el análisis se han utilizado cinco de las seis cohortes. La generación más joven (la generación de la *democracia*) no se ha incluido en el estudio por dos motivos. Primero, por su semejanza con la generación anterior (la generación de la *transición*), que la hace más difícil de visualizar; segundo, y más importante, porque esta generación aún se encuentra en proceso de formación, y durante el periodo analizado siguen incorporándose a ella nuevos miembros. En los primeros estudios no existen datos sobre las actitudes de esta generación porque sus miembros aún no habían alcanzado la mayoría de edad, lo que impidió incluirlos en nuestros modelos. Sin embargo, puede afirmarse que esta primera generación es muy similar a la segunda prácticamente en todos los aspectos.

Generaciones políticas y apoyo a la democracia

La presencia de efectos generacionales o de periodo en el apoyo democrático de los españoles podría visualizarse mediante una representación gráfica (gráfico 4) o mediante los parámetros obtenidos con la estimación de la ecuación [1], aunque ambas reflejan exactamente la misma realidad. Las variables incluidas en la ecuación son variables dicotómicas (valores 0 y 1) y deben interpretarse tomando como referencia la generación mayor (*monarquía*) para las variables de cohorte, y el año 1996 para las variables de periodo. Si las variables de cohorte tienen un coeficiente positivo y estadísticamente significativo, ello significa que el apoyo a la democracia es mayor como media para esa cohorte específica con respecto a la de más edad. Un coeficiente igual a 10 para una de las variables de cohorte en la ecuación significa que existe una diferencia del 10% entre el apoyo de esta cohorte y la cohorte de más edad, que constituye la categoría de referencia. Para conocer la contribución relativa de cada generación al aumento del apoyo democrático total hay que restar el valor del coeficiente de interés de la cohorte del valor obtenido para la cohorte anterior⁷. En cambio, un coeficiente positivo y significativo para un periodo significa que en ese año o periodo concreto el apoyo democrático aumentó de forma significativa con respecto al año 1996. Un coeficiente no significativo indica que no existe variación para ese año particular.

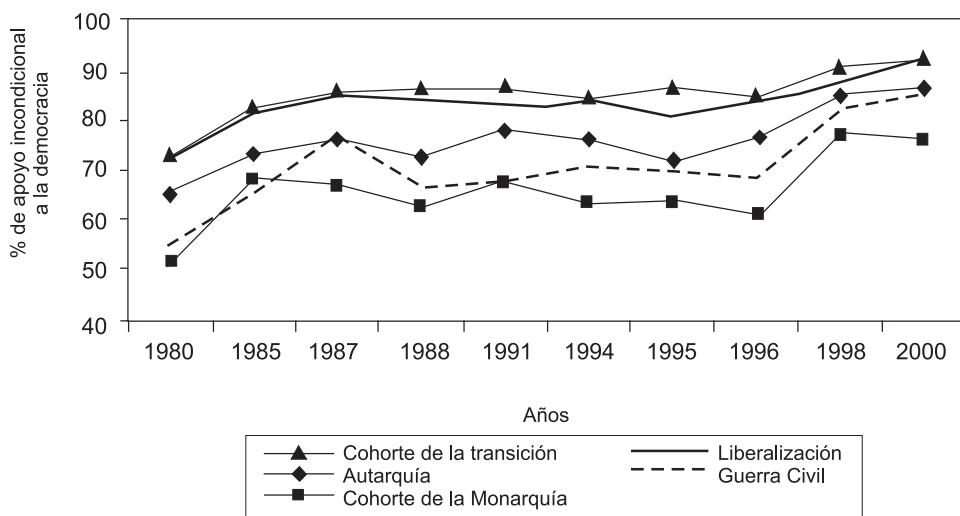
ración (la generación de la *liberalización*) está formada por las personas nacidas entre 1944 y 1957, que cumplieron los 17 años entre 1961 y 1974. Estas personas maduraron políticamente cuando el régimen franquista atravesaba un proceso de liberalización y durante el periodo de desarrollo económico de los setenta. La segunda cohorte (la generación de la *transición*) está integrada por las personas nacidas entre 1958 y 1965, que cumplieron los 17 años entre 1975 y 1982 y alcanzaron la madurez política durante el proceso de cambio político y la consolidación del nuevo sistema que culminó con la llegada de los socialistas al poder. Por último, la primera cohorte (la generación de la *democracia*) está integrada por las personas nacidas a partir de 1966, que cumplieron los 17 en 1983 o después, y vivieron la socialización en democracia y con los socialistas en el poder.

7. Por ejemplo, si queremos conocer la contribución de la generación más joven (la generación de la *transición* o C_2), tenemos que restar el coeficiente de la variable de esta cohorte, 19,2, al coeficiente obtenido para la anterior (generación de la *liberalización* o C_3), 17,1. El resultado es 2,1.

El análisis del apoyo a la democracia por cohortes revela un claro efecto de cohorte con una pauta general: cuanto más joven es la cohorte, más apoyo se brinda al sistema democrático. Esto queda confirmado visualmente en el gráfico 4 o con el valor de los parámetros y su significación estadística en la ecuación [1]. La ecuación muestra que todos los coeficientes de cohorte son estadísticamente significativos y contribuyen al aumento de apoyo democrático. Sin embargo, es importante notar que todas las generaciones manifiestan un apoyo al sistema democrático superior al 60%, incluso las que están menos a favor del mismo (el valor de la constante en la ecuación [1] es 65,2). Esto significa que, en proporción, las diferencias intergeneracionales en el nivel de apoyo democrático han influido muy poco en los niveles de apoyo democrático general que actualmente exhiben los españoles. Como comentaré a continuación, esto se debe a que este apoyo a la democracia es producto de un cambio actitudinal drástico y rápido que se produjo sobre todo durante la transición española. Por último, sólo hay tres efectos de periodo que parecen ser estadísticamente significativos, uno al principio de la serie, en 1980 (P_1 con una disminución de 11,6) en medio de la crisis de descontento que antecedió a los acontecimientos de 1981, y dos al final: 1998 (P_9 con un aumento de 9,4), dos años después de la victoria del PP, y 2000 (P_{10} con una disminución de 11,2), en el inicio de la segunda legislatura del PP.

GRÁFICO 4.

COHORTES Y APOYO A LA DEMOCRACIA EN ESPAÑA EN 1980-2000



Fuente: CIS, estudios 1.237, 1.461, 1.695, 1.788, 1.984, 2.107, 2.154, 2.218, 2.309 y 2.384.

ECUACIÓN [1].

MODELO PARA LOS EFECTOS DE PERIODO Y COHORTE EN EL APOYO A LA DEMOCRACIA

$$\hat{Y} = 65,2 + 19,2 * C_2 + 17,1 * C_3 + 10 * C_4 + 4,5 * C_5 - 11,6 * P_1 - 0,8 * P_2 + 3,2 * P_3 - 0,2 * P_4 + 1,8 * P_5 + 0,8 * P_6 - 0,6 * P_7 + 9,4 * P_9 - 11,2 * P_{10}$$

(,000) (,000) (,000) (,004) (,000) (,647) (,079) (,919)
(,306) (,647) (,731) (,000) (,000)

R²: 0,94

Variabes de los modelos: C₂ = Cohorte 2 (*transición*), C₃ = Cohorte 3 (*liberalización*), C₄ = Cohorte 4 (*autarquía*), C₅ = Cohorte 5 (*guerra civil*), P₁ = Periodo 1 (1980), P₂ = Periodo 2 (1985), P₃ = Periodo 3 (1987), P₄ = Periodo 4 (1988), P₅ = Periodo 5 (1991), P₆ = Periodo 6 (1994), P₇ = Periodo 7 (1995), P₉ = Periodo 9 (1998), P₁₀ = Periodo 10 (2000).

Variabes de referencia: Cohorte 6 (*monarquía*) y Periodo 8 (1996).

Podemos observar ciertos cambios paulatinos pero notorios entre las generaciones en términos de apoyo al nuevo régimen. Como parecen evidenciar los coeficientes de la ecuación [1], se produce un aumento moderado entre cada generación y la generación de referencia (la mayor, o generación de la *monarquía*). La generación que aporta la contribución más significativa al aumento total de apoyo democrático es la tercera o generación de la *liberalización* (C₃ - C₄ = 17,1-10 = 7,1), seguida de la cuarta o generación de la *autarquía* (C₄ - C₅ = 10-4,5 = 5,5), la quinta o generación de la *guerra civil* (C₅ - valor de referencia = 4,5), y finalmente la generación de la *transición*, con un incremento medio de 2,1 puntos con respecto a la generación anterior (C₂ - C₄ = 19,2-17,1 = 2,1). Dado que la diferencia media entre las generaciones más jóvenes y las mayores es del 19,2% (un 65,2% para la generación de la *monarquía*⁸, y un 84,4% para la generación de la *democracia*⁹), podemos ver que la contribución de las generaciones tercera y cuarta (protagonistas del periodo de modernización y liberalización durante el régimen franquista) al aumento de la legitimidad democrática representa sólo un 36% de la contribución al aumento general del apoyo a la democracia de todas las cohortes (la contribución de estas dos generaciones al aumento del apoyo democrático es del 7,1 y 5,5% respectivamente, y juntas aportan un 12,6%, lo que representa sólo un 36% de la contribución total de todas las generaciones al aumento del apoyo democrático). Esto significa que la contribución de las dos generaciones correspondientes al periodo de

8. Esta cifra se ha obtenido a partir de la constante en la ecuación [1], ya que la *monarquía* es la variable de referencia.

9. Esta cifra también se ha obtenido con la ecuación [1], constante + coeficiente 19,2 de C₂, que es la cohorte de la *transición*.

modernización en España no es significativamente importante. Todas las generaciones han contribuido en cierta medida al aumento del apoyo general a la democracia.

Hay tres explicaciones posibles para estas contribuciones generacionales al aumento del apoyo al nuevo sistema. La primera, que ya comentamos antes, guarda relación con el argumento de Pérez Díaz sobre la importancia de la reaparición de la sociedad civil después de las transformaciones económicas y sociales de los años sesenta (véase también López Pintor, 1982; Edles, 1995). La segunda, algo más política, es que las diferencias en el apoyo al sistema entre estas dos generaciones revelan sencillamente los cambios que se produjeron en el discurso utilizado para legitimar el régimen franquista: durante la primera fase, la guerra civil y el franquismo se presentaban como una “cruzada de salvadores” fundamental para luchar contra los enemigos de la nación; en cambio, en la segunda fase este discurso pasó a un segundo plano, dándose prioridad a la exaltación de la paz y la prosperidad impulsadas por el régimen (Aguilar, 1996). Por último, la tercera explicación es que la evolución de la legitimidad en las diferentes generaciones también refleja los acontecimientos políticos que han influido en cada generación, además de los cambios en el discurso legitimador del régimen y los avances que se produjeron en los años sesenta.

Como he dicho antes, la diferencia entre la primera y la última generación es de un 19% aproximadamente, mientras que la diferencia entre la tercera generación (*liberalización*) y la cuarta (*autarquía*) es sólo del 7,1% (restando los coeficientes 17,1 y 10). Por otro lado, la contribución de la generación de la *autarquía* al cambio es del 10% en relación con la generación de referencia (ver coeficiente), y del 5,5% en relación con la generación anterior (*guerra civil*). Si las dos teorías mencionadas fueran capaces de explicar los altos niveles de legitimidad actuales (es decir, el cambio en el discurso legitimador de la guerra civil y el franquismo, y la reaparición de la sociedad civil), la tercera generación (*liberalización*) sería la fuente principal de aumento del apoyo al sistema. Sin embargo, la contribución de esta generación representa menos de la mitad de las diferencias intergeneracionales observadas en los niveles actuales de apoyo al sistema. La mayor proporción de cambio actitudinal se debe a la influencia de todas las demás generaciones políticas (poco más del 12%). Esto significa que el apoyo al sistema democrático está condicionado en cierta medida por las diversas experiencias políticas preadultas de las seis generaciones, no sólo de la cuarta. La experiencia directa entre las generaciones de mayor edad de la Segunda República y la Guerra Civil, y la experiencia acumulada por las que se socializaron durante la transición reciente también contribuyen a este cambio, ya que los distintos niveles de apoyo al sistema en relación con las generaciones anterior o posterior también son significativos. En general, el patrón que se observa es que las generaciones políticas siempre expresan un apoyo al sistema democrático mayor que el que las precedía, contribuyendo todas de modo significativo en los actuales niveles de apoyo mayoritario a la democracia.

Esta conclusión también puede observarse en las valoraciones sobre el régimen autoritario. Las evaluaciones sobre Franco y las experiencias durante el régimen autoritario pueden producir resultados mucho más polarizadores entre los españoles (McDonough, Barnes y López Pina, 1996: 735-759; McDonough, Barnes y López Pina, 1994: 356), pero estas opiniones sobre el régimen anterior están relacionadas con el apoyo al sistema democrático actual. Las diferencias intergeneracionales en la evaluación del régimen autoritario y del mismo Franco se encuentran entre la cuarta generación (*autarquía y posguerra*) y la tercera (*liberalización*), y entre la tercera y la segunda (*transición*)¹⁰.

Ahora bien, esto no significa que el actual nivel de apoyo a la democracia sea simplemente un efecto de la socialización que se produjo en el pasado. Todo lo contrario, el apoyo a la democracia, aunque condicionado por la socialización, procede sobre todo de una decisión instrumental tomada por la gran mayoría de los españoles. El apoyo a la democracia surgió principalmente durante la transición; éste es el motivo por el que las generaciones mayores también manifiestan un apoyo al régimen democrático superior a un 60% (aproximadamente un 65% de media). Nótese también que la constante en la ecuación es muy elevada: del 65,2%; es decir, se trata del porcentaje que no puede explicarse con las variables de la ecuación [1] (cohortes y periodo), lo que significa que el cambio intergeneracional supone una contribución pequeña en el apoyo mayoritario al sistema democrático que hoy existe entre los españoles.

Ello confirma que los actuales niveles de apoyo a la democracia surgieron en algún momento durante la transición a la democracia y debido principalmente al cambio rápido de actitud que se produjo durante este corto periodo. Hacia el final del régimen anterior, los españoles no manifestaban mucho apoyo al mismo, pero tampoco eran demócratas comprometidos. Se trataba más bien de una “mayoría grande y silenciosa” cuyos valores prioritarios eran la paz, la justicia y el orden, y para quienes la democracia era mucho menos importante (Instituto de Opinión Pública, 1967; López Pina y Aranguren, 1976: 73-94). Como sugiere Aguilar (1996: 349; véase también López Pintor, 1982: 85-6), éste fue el mayor logro de socialización de la propaganda franquista. El discurso legitimador y los nuevos símbolos políticos de la segunda fase del franquismo afectaron a todos los españoles porque cambiaron su opinión sobre los fundamentos legitimadores del régimen, si bien no consiguieron legitimarlo. Este discurso legitimador y los símbolos de los últimos años del franquismo tampoco parecen tener efecto determinante en los niveles de apoyo actuales al nuevo sistema democrático; como se ha visto, otras

10. El 64% de la segunda generación tiene una valoración muy negativa o negativa de Franco y el franquismo; sin embargo, estos porcentajes se reducen hasta el 52% para Franco y el 49% para el régimen en la tercera generación, y un 45 y 42% en la cuarta. Las diferencias entre las evaluaciones de las otras generaciones varían sólo entre el 1 y el 3%. Las preguntas planteadas por este estudio de la cultura política realizado por CIREs en 1991 fueron: “Después de estos quince años, ¿cuál es su opinión sobre el régimen de Franco? (muy positiva, positiva, ni positiva ni negativa, negativa, o muy negativa)” y “¿Cómo evaluaría la labor realizada por Franco como Jefe de Estado? (muy positiva, positiva, ni positiva ni negativa, negativa, o muy negativa)”.

generaciones también han contribuido de manera considerable a los niveles actuales. Por tanto, el apoyo actual se debe sobre todo al rápido cambio durante la transición y, en menor medida, durante la consolidación del nuevo régimen.

Sin embargo, sería bueno que se precisase que la creación del apoyo democrático actual podría haberse visto facilitada precisamente por el uso instrumental por parte de los principales actores políticos de la transición de los símbolos y discursos legitimados construidos y usados con otro fin durante la segunda parte del franquismo: la paz y la prosperidad. Puede que la propia transición fuese en general poco conflictiva y pacífica, pero el cambio actitudinal rápido e instrumental del que hemos estado hablando fue fundamentalmente posible, en parte, gracias a la importancia que dieron los protagonistas de la transición y su consolidación al mantenimiento de estos logros tan apreciados ahora por los españoles (paz y prosperidad). La legitimidad del sistema democrático actual se construyó sobre la base de la socialización política del franquismo y de los símbolos que ésta generó, pero el cambio actitudinal no se produjo antes de la transición, sino durante la misma.

Como podemos ver en una encuesta en la que se preguntó a los españoles cómo se deberían tomar las decisiones políticas, el porcentaje que prefirió que “las decisiones fueran tomadas por las personas elegidas por el pueblo” aumentó del 53% en 1966 al 56% en enero de 1976, y, sin embargo, en mayo de ese mismo año, sólo unos cuantos meses después y tras la llegada de Suárez, ese porcentaje alcanzaba el 78%. En cambio, entre 1976 y 1982, este porcentaje creció sólo hasta el 79% (López Pintor, 1982: 153). De hecho, en 1978, el 77% de los españoles ya se definían a sí mismos como demócratas incondicionales¹¹. Este cambio actitudinal en sólo cinco meses nos da una pista de por qué el cambio intergeneracional apenas contribuye a explicar en una pequeña parte los altos niveles de legitimidad democrática actuales.

También es importante notar que, como han señalado Morlino y Mattei (1998: 1757), en 1985, poco después de la consolidación del régimen democrático en España, el porcentaje de “neodemócratas o convertidos” (ciudadanos que apoyan el nuevo régimen pero que también tienen una opinión positiva del régimen franquista) fue del 46,9%, mientras que los “demócratas puros” (ciudadanos que apoyan la democracia pero también rechazan el régimen franquista) fue sólo del 31,1%. Esto es otro síntoma claro de que durante la transición y la consolidación del nuevo régimen en España se produjo un cambio actitudinal instrumental y rápido en lo que hace referencia al apoyo a la democracia.

La construcción instrumental-racional del apoyo mayoritario a la democracia en España también puede observarse en su evolución en el tiempo. Pese a mantenerse estable durante veinte años, hay que señalar también que el apoyo a la democracia

11. Según Linz y otros (Linz, Gómez-Reino, Darío Vila y Orizo, 1981: 627-629), el 77% de los españoles manifestó que “la democracia era el mejor sistema político para un país como el nuestro” y sólo un 15% no estaba de acuerdo con esta afirmación.

muestra dos periodos de crecimiento: uno entre 1980 y 1985 y otro después de 1996 (esto puede percibirse claramente en la magnitud e importancia del coeficiente de regresión de los efectos de periodo 1 (P_1), 9 (P_9) y 10 (P_{10}) —1980, 1998 y 2000, respectivamente— en la ecuación [1])¹². El primer aumento parece reflejar la fase final de la construcción de la legitimidad democrática durante la consolidación del nuevo régimen y podría haber sido provocado también por la llegada del PSOE al poder. Este ligero cambio actitudinal con respecto a la legitimidad democrática que se produjo durante este periodo afectó incluso a las generaciones de españoles menos predispuestas a aceptar el nuevo régimen, y constituye un síntoma claro de la culminación del ya mencionado “efecto de consolidación democrático actitudinal”. El segundo aumento (1998 y 2000) también es bastante importante y también ha afectado a todas las generaciones, pero sobre todo a los ciudadanos situados a la derecha de la escala ideológica¹³. Esto podría deberse a la llegada al poder del partido conservador, el PP, por primera vez desde el restablecimiento de la democracia. Por tanto, el apoyo mayoritario a la democracia en España, aunque está condicionado por el pasado político, es sobre todo una creación racional-instrumental que se produce por la acción de los actores políticos en el devenir del juego democrático.

RASTREANDO LOS EFECTOS DE LA ACCIÓN PARTIDISTA EN EL APOYO A LA DEMOCRACIA

Los actores políticos y sociales en general pueden, por tanto, jugar un papel decisivo en la politización del “asunto del régimen”. Primero por su indudable papel en la naturaleza inclusiva del pacto fundacional del régimen: las “reglas del juego” se han caracterizado en el pasado democrático español predominantemente por la exclusión política en contra de una parte u otra de la población y de sus representantes políticos. Esto puede haber dejado un legado actitudinal que puede encontrarse en la influencia de la ideología y las preferencias partidistas en el apoyo al régimen democrático. Segundo, por el discurso de los partidos políticos y la acción de los mismos durante el proceso de competición política una vez instaurada la democracia. De este modo, si el cambio de actitud y el efecto de consolidación asociado se han producido en la nueva

12. El punto de referencia de esta regresión es el año 1996. Esta es la causa de que 1980 tenga un coeficiente significativo y negativo, y 1998 y 2000 un coeficiente positivo y significativo.

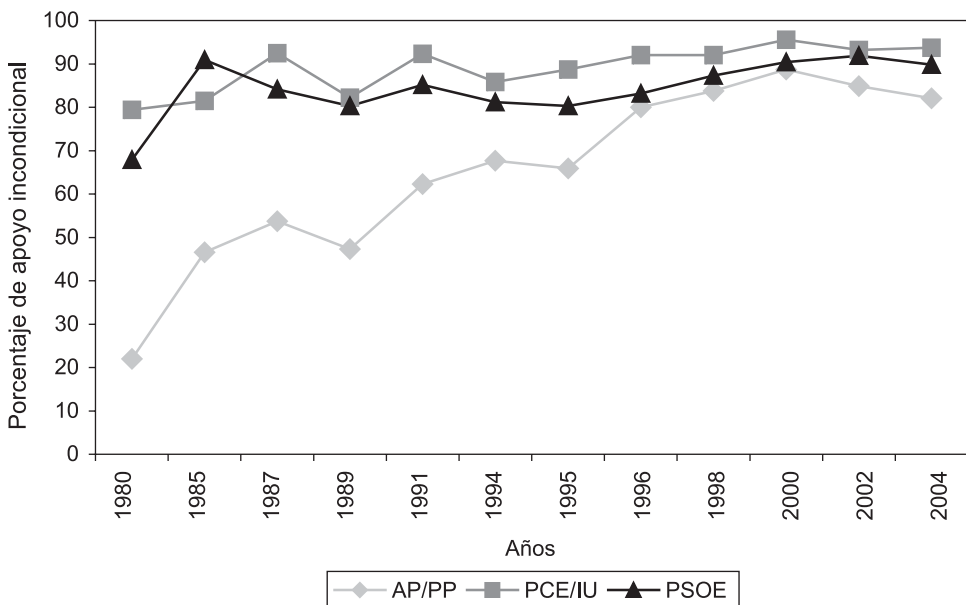
13. En 1995 el porcentaje de personas que apoyaba incondicionalmente la democracia en la derecha (9, 10) y el centro-derecha (7, 8) fue del 49 y 65% respectivamente, aunque estos porcentajes aumentaron en el año 2000 hasta el 88 y el 84%. La diferencia de apoyo a la democracia entre la extrema izquierda y la extrema derecha fue del 39% en 1995, pero esta cifra se ha reducido hasta sólo el 10% en el año 2000. La diferencia en la posición de centro-derecha se ha reducido del 25% hasta sólo el 6%. Estos datos proceden de los estudios 2.154 y 2.384 del Banco de Datos del CIS.

democracia, el apoyo a la democracia estará menos influido por las preferencias partidistas e ideológicas.

Los datos sobre la evolución desde 1980 del apoyo democrático por parte de los votantes del PSOE y del PP que se presenta en el gráfico 5 muestran que los votantes de izquierda han sido más proclives a apoyar la democracia desde su inicio (claramente un legado del pasado), pero mucho más entre los votantes del PSOE con su llegada al poder en los inicios de los años ochenta. Este crecimiento también se observa entre los votantes de la entonces Alianza Popular, pero lejos todavía de los niveles de los votantes del PSOE y del PCE (cuyos líderes claramente apostaron por la democracia desde sus mismos inicios, aceptando incluso los símbolos más claros de la pre-constitucionalidad, como la monarquía y la bandera del bando vencedor). El impulso al apoyo a la democracia que se produjo entonces ha permanecido inalterable, pese al devenir de los acontecimientos y la llegada de las derrotas electorales del PSOE y las constantes derrotas electorales de IU (contrariamente a lo que argumenta Boix, 2005).

GRÁFICO 5.

APOYO A LA DEMOCRACIA Y VOTO A LOS TRES PRINCIPALES PARTIDOS EN ESPAÑA EN 1980-2004 (porcentaje de los que declaran que la democracia es el mejor sistema en todas las circunstancias)



Fuente: Los datos proceden de las encuestas 1.237, 1.461, 1.695, 1.788, 1.984, 2.107, 2.154, 2.218, 2.384, 2.450 y 2.571 del Banco de Datos del CIS.

Posteriormente, el transcurrir de la normalidad democrática dentro del consenso ha producido también la creciente aceptación incondicional de los votantes de AP/PP. Sus resistencias antidemocráticas se han desvanecido como consecuencia del paso del tiempo en democracia, o para ser más precisos, como consecuencia del discurso claramente a favor de la democracia que han adoptado sus élites políticas y el gobierno democrático de la izquierda, si bien ese cambio actitudinal adquiere la mayor dimensión con la llegada al poder del PP en 1996, y su posterior mayoría absoluta en el año 2000. De nuevo, este apoyo mayoritario entre los votantes del PP se ha mantenido alto y estable desde entonces, pese a la derrota electoral del 2004, equiparándose al apoyo concedido por los votantes de las otras dos opciones mayoritarias. Por tanto, el efecto consolidador actitudinal parecería haberse producido de manera definitiva durante los años ochenta para el PSOE y los noventa para el PP.

Lo mismo debemos esperar con respecto a su relación con la ideología. Si el cambio de actitud que da lugar a la aparición de un apoyo incondicional se ha producido en la nueva democracia, la relación entre ambos se habría reducido. En 1980 en España, poco después del final de la transición, los coeficientes de correlación entre ideología y apoyo a la democracia para todas las generaciones seguían siendo altos y negativos (véase la tabla 1), lo que confirma que, en todas las generaciones políticas, los españoles de izquierdas tendían a definirse a sí mismos como demócratas más comprometidos que los de derechas. Esta tendencia concuerda no sólo con lo visto respecto a las preferencias partidistas en el gráfico 5, sino, una vez más, con la historia política de España. Aunque tanto la izquierda como la derecha han adoptado posturas en parte o totalmente desleales con respecto a la democracia, la izquierda siempre ha mostrado un compromiso con el establecimiento y la defensa de la democracia representativa mayor que la derecha, sobre todo durante y después del régimen franquista. La brecha entre los españoles de izquierdas y de derechas es particularmente evidente en la tercera generación política, que alcanzó la mayoría de edad durante el periodo de *liberalización*, cuando la izquierda dominaba completamente la oposición al régimen franquista y luchaba por sustituirla por una democracia. De ahí que la correlación más directa entre ideología y apoyo a la democracia se encuentre precisamente en esta generación, como puede verse en la tabla 1. Sin embargo, debemos subrayar que la relación entre ideología y apoyo a la democracia es muy importante en todas las generaciones. Esta conclusión muestra que aunque durante la transición se produjo un cambio de actitud muy importante, las marcas indelebles del pasado político de España aún pueden percibirse en el apoyo a la democracia de los españoles de la época. El cambio de actitud y el “efecto de consolidación de actitud” aún no se habían completado.

Estas marcas, no obstante, se han desvanecido como consecuencia del paso del tiempo en democracia o, para ser más precisos, como consecuencia del discurso claramente a favor de la democracia que han adoptado todos los actores políticos importantes de todo el espectro ideológico, a excepción del País Vasco, desde la vuelta a la democracia. Y lo

TABLA 1.

RELACIÓN ENTRE IDEOLOGÍA Y APOYO A LA DEMOCRACIA POR COHORTES EN ESPAÑA, EN 1980 Y 2000 (las cifras representan las correlaciones entre ideología y apoyo a la democracia)

<i>Cohorte</i>	1980	1995	1996	2000
Cohorte 1 (<i>democracia</i>).....	En proceso de formación	-0,19**	-0,13**	-0,09**
Cohorte 2 (<i>transición</i>)	-0,36**	-0,27**	-0,07	-0,12**
Cohorte 3 (<i>liberalización</i>)	-0,43**	-0,24**	-0,17**	-0,04
Cohorte 4 (<i>autarquía</i>)	-0,39**	-0,23**	-0,01	-0,07*
Cohorte 5 (<i>Guerra Civil</i>)	-0,33**	-0,34**	-0,39**	-0,07
Cohorte 6 (<i>monarquía</i>)	-0,30**	-0,30*	-0,24**	0,00

* Significativo a $p < 0,05$.

** Significativo a $p < 0,01$.

Fuente: Estudios del CIS 2.154, 2.218 y 2.384.

que es más importante, los resultados observados en la tabla 1 ponen de relieve una vez más el efecto de la llegada al poder de un partido conservador, el Partido Popular (PP), lo que enseñó a la mayoría de los conservadores que cualquiera podría ganar con las “reglas del juego” vigentes. Entre el discurso y la llegada del PP al poder, incluso los ciudadanos de derechas más extremistas se han hecho partidarios de la democracia.

Parte del cambio de actitud de los españoles en relación con el apoyo a la democracia, que confirmó lo que he denominado “efecto de consolidación de actitud”, fue de naturaleza instrumental. De ahí que después de 18 años de democracia, la correlación entre ideología y apoyo a la democracia sea mucho más pobre en la primera generación socializada durante la democracia, y lo que resulta aun más sorprendente, que haya llegado a ser bastante más pobre en las generaciones segunda, tercera y cuarta (esto se puede observar también en la tabla 1 para el año 1995). Esto se debe al efecto de casi dos décadas de democracia, incluso en un momento en que la derecha aún tenía que ganar unas elecciones generales o mantener el poder en la España democrática. De hecho, los datos correspondientes al año 1996, procedentes de una encuesta realizada sólo tres meses después de la victoria electoral del partido conservador, el PP, muestran una correlación aun menor entre legitimidad e ideología. Sólo las dos generaciones mayores, las de la *monarquía* y la *Guerra Civil*, se mantienen inmunes al efecto de socialización del funcionamiento de la democracia (y el discurso moderador de los actores políticos más importantes). Los datos recogidos en el año 2000 confirman esta tendencia, y tras cuatro años de gobierno conservador e inmediatamente después de conseguir la mayoría absoluta en marzo del año 2000, incluso los más conservadores de las generaciones mayores se hicieron demócratas convencidos. Por tanto, parecería que los sucesos políticos que modelaron la socialización política de estas generaciones dejaron

una huella en su nivel de apoyo democrático al inicio del nuevo régimen que la democracia actual ha conseguido eliminar.

Todo ello sugiere tres conclusiones tentativas. Primero, que pese al drástico cambio de actitud en relación con el apoyo a la democracia que se produjo durante la transición, el pasado político de la sociedad española, marcado por la lucha entre las “dos Españas”, también puede observarse en la mayor presencia de “valores democráticos” en los ciudadanos de izquierdas en comparación con los de derechas. Segundo, y como consecuencia de ello, en los primeros años de la nueva democracia, la ideología era un factor importante que tuvo una influencia similar en el nivel de apoyo a la democracia profesado por ciudadanos de todas las generaciones, pese al gran cambio de actitud que se había producido durante la transición. Tercero, este análisis muestra que el funcionamiento de la democracia ha generado un cambio cualitativo, más que cuantitativo, en el apoyo a la democracia de los españoles (que ya era considerable en 1978 y ha aumentado poco desde entonces). Estos casi veinte años de democracia han eliminado la influencia de la ideología y han reducido la influencia del régimen anterior en el nivel de apoyo incondicional a la democracia de los ciudadanos (McDonough, Barnes y López Pina, 1998: 43-53).

UN MODELO PARA MEDIR EL APOYO INCONDICIONAL DEMOCRÁTICO DE LOS ESPAÑOLES

Para confirmar la presencia de un “efecto de consolidación actitudinal” debido a la política de la transición y la consolidación en España, propongo un modelo donde el apoyo democrático, medido con una variable dicotómica, es la variable dependiente para tres momentos en el tiempo: 1980, 1995 y 2000¹⁴. Este modelo y su comprobación también nos van a permitir observar la creciente naturaleza incondicional del apoyo a la democracia en España.

Este modelo incluye una serie de variables independientes para medir el impacto de las diferentes teorías sobre el apoyo democrático:

ECUACIÓN [2].

$$\ln(P_j/1 - P_j) = \beta_{0j} \alpha_j + e. \text{ régimen anterior}_j \beta_{1j} + \text{ideología}_j \beta_{2j} + \text{distancia } i_j \beta_{3j} + \text{funcionamiento del sistema}_j \beta_{4j} + \text{situación económica personal}_j \beta_{5j} + \text{evaluación general de la economía}_j \beta_{6j} + \text{realización de ideales democráticos}_j \beta_{7j} + \text{frecuencia de las discusiones sobre política}_j \beta_{8j} + \text{género}_j \beta_{9j} + \text{estudios}_j \beta_{10j} + \text{confianza}_j \beta_{11j} + \text{cohorte1}_j \beta_{12j} + \text{cohorte2}_j \beta_{13j} + \dots + \text{cohorte } n_j \beta_{nj} + e$$

14. El valor “1” representa apoyo incondicional a la democracia, y el valor “0” las otras opciones.

donde,

$\text{Ln}(P_j / 1 - P_j) =$ la probabilidad de apoyar el régimen democrático.

La inclusión en el modelo de la valoración sobre el régimen anterior es muy importante para controlar el efecto de esta variable en la predicción del apoyo democrático actual. El género, la cohorte, los estudios, la confianza social y la frecuencia de las discusiones sobre política se han incluido para observar la influencia prolongada de las diferentes experiencias de socialización política, social, cultural y económica en los niveles de apoyo democrático. Otras variables como el funcionamiento del sistema y la evaluación de la situación económica personal o general se han incluido para valorar la posibilidad de que el apoyo democrático sea resultado del cálculo puramente económico y del rendimiento económico del sistema. La evaluación de la realización de ciertos ideales democráticos se ha incluido para analizar la posibilidad de que el Estado de derecho y la capacidad general para garantizar los derechos políticos fundamentales permitan hacer predicciones sobre el apoyo democrático. Finalmente la inclusión de la ideología y la distancia ideológica en el modelo es muy importante, dado que se trata de variables fundamentales para captar la influencia del “efecto de consolidación”. Como hemos comentado antes, los partidos políticos y los actores políticos y sociales en general pueden jugar un papel decisivo en la politización del “asunto del régimen”, haciendo de éste un asunto de disputa ideológica dominante. La ausencia de efecto de la ideología en el apoyo a la democracia constituye un elemento básico para observar su naturaleza incondicional.

Discusión de los resultados

Como ya he mostrado en las páginas anteriores, en el año 1980 se encuentran las cifras más bajas de apoyo democrático desde el restablecimiento de la democracia en España; el apoyo ya era mayoritario, si bien se trataba de sólo el 67% de los españoles. Esto podría deberse a la falta de un cambio de actitud total y la ausencia de un “efecto de consolidación de actitud” pleno. Puede ser que el cambio de actitud en curso se interrumpiera bruscamente debido a las circunstancias políticas que siguieron a la aprobación de la Constitución española. Fue un periodo de gran agitación política y económica. El apoyo popular al gobierno de Unión de Centro Democrático (UCD) estaba decayendo rápidamente y la minoría débil y dividida de los gobiernos de UCD se consideraba incapaz de resolver los problemas que planteaban la crisis económica, la creciente violencia terrorista y una política regional incoherente (Gunther, 1986: 433-492). El importante cambio de actitud puede haberse producido entonces, pero el proceso de creación de apoyo democrático incondicional mayoritario no se había com-

pletado. Si mi diagnóstico es correcto, la predicción del modelo en la ecuación [2] debería reflejar que las preferencias ideológicas (un *proxy* también de las partidistas), las variables que miden la situación material personal de los encuestados y su evaluación del funcionamiento de la democracia, y algunas variables que miden el legado de socialización anterior deberían permitir predecir la capacidad de apoyo democrático. Si se confirman, estos resultados serían un buen indicador de que aquel año el cambio de actitud que dio paso al apoyo democrático incondicional mayoritario estaba incompleto.

Los resultados de la predicción del modelo para España con los datos de la encuesta de 1980, que se muestran en la tabla 2, coinciden exactamente con las previsiones, y muestran un “efecto de consolidación de actitudinal” incompleto. El rechazo al régimen anterior¹⁵ fue uno de los mejores indicadores del apoyo a la democracia en 1980; sin embargo, la ideología de los encuestados fue aun más potente (los de izquierdas tendían más a apoyar la democracia de forma sustancial). Otra evidencia de que el cambio de actitud estaba incompleto es la influencia secundaria de las cohortes 3 y 4 (*liberalización* y *autarquía*, respectivamente), ya observada en apartados anteriores. No obstante, había indicios de que el cambio de actitud fundamental ya se había producido. La ausencia de cualquier forma de relación entre el apoyo democrático y las variables que miden la situación material personal de los encuestados, su evaluación del funcionamiento de la democracia o el gobierno en medio de una crisis política y económica muestra que ya existía una “zona de seguridad” importante para el apoyo a la democracia. De forma similar, no existen relaciones entre las variables que miden de forma indirecta la influencia de las distintas experiencias de socialización, salvo la tenue relación entre el género y la frecuencia de las discusiones sobre política en la infancia. La confianza social tiene una cierta influencia sobre el apoyo democrático, pero es muy débil, lo que demuestra que el legado cultural no explica el nivel de apoyo a la democracia. Por último, el valor de la constante y la escasa, aunque significativa, capacidad explicativa del modelo, indica también la creciente, aunque incompleta, naturaleza incondicional del apoyo a la democracia en 1980.

No obstante, en 1995 y en 2002, como puede verse en la predicción de un modelo muy similar con datos de encuestas correspondientes a esos años (tabla 3), el cambio de actitud, la aparición de la naturaleza incondicional del apoyo y, por tanto, el “efecto de consolidación actitudinal” ya se habían completado. En 1995, la evaluación del régimen anterior constituye, junto con la ideología, el mejor indicador del nivel de apoyo a la democracia (con primeras diferencias de $-0,4$ y $0,4$, respectivamente). Pero la ideología pierde su capacidad de predicción en comparación con 1980. Este resultado se debe

15. Para esta encuesta he usado el bando con el que simpatizaba la familia del encuestado durante la Guerra Civil. No se preguntó a los encuestados sobre su evaluación del sistema político franquista en ese año, pero esta variable se puede considerar una variable sustitutiva válida, aunque imperfecta, ya que ambas están muy relacionadas.

TABLA 2.

MODELO PARA EXPLICAR EL APOYO A LA DEMOCRACIA EN ESPAÑA, EN 1980 (sólo se incluyen los coeficientes de regresión logística estadísticamente significativos)

<i>Variables independientes</i>	<i>Coefficientes</i>	<i>Razón de razones</i>	<i>Primera diferencia de probabilidades^a</i>
E. régimen anterior ^b	-0,50**	0,60	0,25
Ideología.....	-0,50**	0,61	-0,82
Distancia ideológica			
Funcionamiento del sistema ^c			
Situación económica personal.....			
Evaluación general de la economía			
Realización de ideales democráticos: libertad....	n.i.		
Realización de ideales democráticos: igualdad ...	n.i.		
<i>Variables de socialización</i>			
Frecuencia de discusiones sobre política en la infancia.....	0,23**	1,26	0,16
Género	0,34*	1,40	0,09
Estudios			
Cohorte 2 (<i>transición</i>)	Referencia		
Cohorte 3 (<i>liberalización</i>)	0,68*	1,97	0,10
Cohorte 4 (<i>autarquía</i>).....	0,67*	1,95	0,03
Cohorte 5 (<i>Guerra Civil</i>)			
Cohorte 6 (<i>monarquía</i>)			
Confianza social	0,57**	1,76	0,09
Constante.....	3,63**		
Chi cuadrado del modelo	225,3** (g.l. 16)		
Probabilidad -2log	766,42		
R ² Nagelkerke	0,33		
(N)	(1.026)		

* Significativo a $p < 0,05$.

** Significativo a $p < 0,01$.

^a En esta columna se indica la diferencia entre la probabilidad estimada cuando la variable independiente toma el valor más bajo y el resto se mantienen constantes en media, y la misma probabilidad cuando la variable independiente toma el valor más alto. Esto se conoce como primera diferencia.

^b He usado como variable sustitutiva el bando con el que simpatizaba la familia en la Guerra Civil.

^c En este año la pregunta fue: "Cuando murió Franco había mucha incertidumbre sobre lo que pasaría con el país. ¿Cree que las cosas han ido mejor o peor de lo que esperaba?".

Fuente: CIS, estudio 1.237.

probablemente a la despolarización ideológica con relación al apoyo al régimen democrático que, como ya se ha comentado ampliamente, tuvo lugar en el curso de los 15-22 años que separan estas dos encuestas de 1980. Por lo demás, los resultados son similares a los de 1980, salvo en dos aspectos importantes. En 1995 podemos ver primero que la relación entre la legitimidad del sistema y la situación material general (no

TABLA 3.

MODELO PARA EXPLICAR EL APOYO A LA DEMOCRACIA EN ESPAÑA, EN 1995 Y 2002 (sólo se incluyen los coeficientes de regresión logística estadísticamente significativos)

<i>Variables independientes</i>	1995			2002		
	<i>Coefic.</i>	<i>Razón de razones</i>	<i>Primera diferencia de probabilidades^a</i>	<i>Coefic.</i>	<i>Razón de razones</i>	<i>Primera diferencia de probabilidades^a</i>
Valoración del franquismo ...	-0,92**	0,34	-0,41	-0,83**	0,44	
Ideología	-0,18**	0,84	-0,44	-0,14*	0,87	
Distancia ideológica						
Funcionamiento del sistema ^b						
Evaluación general de la economía	0,19*	1,21	0,11			
Situación económica personal						
Realización de ideales democráticos: libertad ^c	0,34**	1,38	0,16			
Realización de ideales democráticos: igualdad ^d				0,26*	1,30	
<i>Variables de socialización</i>						
Frecuencia de discusiones sobre política en la infancia	n.i.			n.i.		
Género						
Estudios	0,11**	1,12	0,15			
Cohorte 1 (<i>democracia</i>)						
Cohorte 2 (<i>transición</i>)						
Cohorte 3 (<i>liberalización</i>)						
Cohorte 4 (<i>autarquía</i>)						
Cohorte 5 (<i>Guerra Civil</i>)						
Cohorte 6 (<i>monarquía</i>)	Refer.	—	—	Refer.	—	—
Confianza social	n.i.					
Constante	3,84**			2,64*		
Chi cuadrado del modelo	391,7**			143,35**		
	(g.l. 16)			(g.l. 19)		
Probabilidad -2log	1.938,6			513,95		
R ² Nagelkerke	0,24			0,29		
(N)	(2.339)			(807)		

* Significativo a $p < 0,05$.

** Significativo a $p < 0,01$.

^a En la tabla 2 se explica su significado.

^b En 1995 se preguntó a los encuestados si “piensan que la democracia funciona bien o mal”. En 2002 se les preguntó sobre la mejora de la situación económica general y personal desde los años ochenta.

^c En 1995 se preguntó a los encuestados si la libertad individual había mejorado en los últimos diez años. En 2002 se les preguntó si pensaban que la libertad de opinión estaba garantizada en España en ese momento.

^d En 1995 se preguntó a los encuestados si las desigualdades sociales habían disminuido en los últimos diez años. En 2002 se les preguntó por el nivel de igualdad social existente en España en ese momento.

Fuente: Para 1995, CIS, estudio 2.154 y para 2002, “Sistemas de valores de los ciudadanos e indicadores socioeconómicos - Desafíos de la democratización para la ampliación de la UE”.

personal) y la evaluación de los logros políticos del sistema se hizo más fuerte. Con el paso del tiempo, los españoles también parecían convencerse de las ventajas generales de la democracia, incluso el sector y las generaciones de españoles más reticentes, gracias al buen funcionamiento de normas que garantizan el juego limpio y los derechos de los actores políticos más importantes (véase también Miller, Hesli y Reisinger, 1997). Aunque la capacidad predictiva de estas variables sigue siendo mínima comparada con la ideología o la evaluación del régimen anterior, muestran una relación significativa con el apoyo al nuevo sistema. Es importante tener en cuenta esto al intentar vislumbrar aspectos que podrían deteriorar en un futuro la “zona de seguridad” actitudinal, una vez establecida y consolidada la democracia. Segundo, se aprecia el descenso en la influencia de la ideología y las variables de socialización.

El análisis con datos de encuestas del año 2002 confirma la tendencia observada y, lo que es más importante, la hipótesis fundamental (véase también la tabla 3): la disipación cada vez mayor del efecto ideológico y la ausencia de efectos de las variables que miden la influencia de las distintas experiencias de socialización, a excepción de las discusiones sobre política en la familia durante la infancia. También podemos observar una importancia sutil pero creciente de las variables de evaluación de los resultados de la política (realización de los ideales democráticos) que notamos en los resultados del análisis con los datos de 1995.

CONCLUSIÓN

En resumen, la creación de apoyo incondicional mayoritario al sistema democrático en España se produjo sobre todo durante la transición y se amplió durante el proceso de consolidación de la democracia. Este cambio de actitud tiene su origen en una combinación de factores políticos (sobre todo la aparición de un pacto político inclusivo para la instauración del nuevo régimen y la exclusión de “la cuestión del régimen” de la agenda política y la competencia entre partidos) que surgieron durante aquellos años, aunque todo ello basado en las oportunidades brindadas por el legado político del régimen no democrático. Este primer cambio rápido de actitud que tuvo lugar en la transición no logró enterrar completamente la lucha política entre la derecha y la izquierda que ha polarizado durante mucho tiempo la historia política de España, pero redujo de forma considerable su influencia. Además, el posterior funcionamiento del sistema democrático durante el proceso de consolidación y el discurso de los principales actores de todo el espectro político favorecieron y completaron este cambio actitudinal dando lugar a la estabilización de un apoyo incondicional a la democracia.

Referencias

- Aguilar, Paloma. 1996. *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid: Alianza.
- Boix, Carles. 2005. *Constitutions and democratic breakdowns*. Madrid: Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales Juan March, Working Paper 2005/222.
- Bratton, Michael y Robert Mattes. 2001. «Support for democracy in Africa: intrinsic or instrumental?», *British Journal of Political Science*, 31(3): 447-474.
- Bratton, Michael y Robert Mattes. 2007. «Learning about democracy in Africa: awareness, performance, and experience», *British Journal of Political Science*, 51(1): 192-217.
- Burton, Michael, Richard Gunther y John Higley. 1992. «Introduction: elite transformation and democratic regime», en John Higley y Richard Gunther, eds., *Elites and democratic consolidation in Latin America and Southern Europe*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Di Palma, Giuseppe. 1990. *To craft democracies. An essay on democratic transitions*. Berkeley: University of California Press.
- Diamond, Larry. 1999. «Political culture», en Larry Diamond (ed.), *Developing democracy toward consolidation*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press: 161-217.
- Easton, David. 1965. *A systems analysis of political life*. Nueva York: John Wiley & Sons.
- Easton, David y Jack Dennis. 1969. *Children and the political system*. Nueva York: McGraw.
- Edles, Laura Besfor. 1995. «Rethinking democratic transition: A culturalist critique and the spanish case», *Theory and Society*, 24(3): 355-384.
- García Delgado, José Luis. 1990. *Economía española de la transición y la democracia, 1973-1986*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociales.
- Gunther, Richard. 1986. «El colapso de la UCD», en Juan José Linz y José Ramón Montero, eds., *Crisis y cambio: electores y partidos en la España de los ochenta*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales: 433-492.
- Gunther, Richard. 1992. *Política y cultura en España*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Gunther, Richard P., José Ramón Montero y Mariano Torcal. 2007. «Democracy and intermediation: some attitudinal and behavioural dimensions», en Richard Gunther, José Ramón Montero y Hans-Jürgen Puhle (eds.), *Democracy, intermediation, and voting on four continents*. Oxford University Press: 29-74.
- Harmel, Robert y John D. Robertson. 1986. «Government Stability and Regime Support: A Cross-National Analysis», *Journal of Politics*, 48(4): 1029-1040.
- Instituto de Opinión Pública. 1967. «Cuestiones de actualidad política», *Revista Española de Opinión Pública*, 9: 185-227.
- Jennings, M. Kent y Richard G. Niemi. 1975. «Continuity and change in political orientations: A longitudinal study of two generations», *American Political Science Review*, 69(4): 1316-1335.

- Jennings, M. Kent y Richard G. Niemi. 1981. *Generations and politics. A panel study of young adults and their parents*. Princeton: Princeton University Press.
- Justel, Manuel. 1992. «Edad y cultura política», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 58: 57-96.
- Lijphart, Arend. 1977. *Democracy in plural societies*. New Heaven: Yale University Press.
- Lijphart, Arend. 1999. *Democracies: Patterns of majoritarian and consensus government in twenty-one countries*. New Heaven: Yale University Press.
- Linz, Juan José. 1978. *Breakdown of democratic regimes. Crisis, breakdown and re-equilibration*. Baltimore: The Johns Hopkins.
- Linz, Juan José. 1988. «Legitimacy of democracy and the socioeconomic system», en Mattei Dogan, ed., *Comparing pluralist democracies*. Boulder, Colorado: Westview Press: 65-113.
- Linz, Juan José, Manuel Gómez-Reino, Darío Vila y Francisco Andrés Orizo. 1981. *Informe sociológico sobre el cambio político en España, 1975-1981. IV Informe FOESSA, Vol. I*, Madrid: Euroamérica.
- Linz, Juan José y Alfred Stepan. 1996. *Problems of democratic consolidation. Southern Europe, South America, and post-Communist Europe*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Lipset, Seymour Martin. 1960. *Political man. The social basis of politics*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Loewenberg, Gerard. 1971. «The influence of parliamentary behavior on regime stability: some conceptual clarifications», *Comparative Politics*, 3(2): 177-200.
- López Pina, Antonio y Eduardo L. Aranguren. 1976. *La cultura política de la España de Franco*. Madrid: Taurus.
- López Pintor, Rafael. 1982. *La opinión pública española: del franquismo a la democracia*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- López Pintor, Rafael. 1987. «El impacto del autoritarismo en la cultura política. La experiencia española en una perspectiva comparada», en *Política y Sociedad. Homenaje a Francisco Murillo Ferrol*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Maravall, José María. 1984. *La política de la transición*. 2ª ed. Madrid: Taurus.
- Maravall, José María. 1995. *Los resultados de la democracia*. Madrid: Alianza.
- Maravall, José María y Adam Przeworski. 1998. *Political reactions to the economy: The Spanish experience*. Madrid: Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales Juan March, Working Paper 1998/127.
- Mason, William M. y Stephen E. Fienberg, eds. 1985. *Cohort analysis in social research. Beyond the identification problem*. Nueva York: Springer-Verlag.
- McDonough, Peter, Samuel Barnes y Antonio López Pina. 1994. «The nature of political support and legitimacy in Spain», *Comparative Political Studies*, 27: 349-380.

- McDonough, Peter, Samuel Barnes y Antonio López Pina. 1996. «The growth of democratic legitimacy in Spain», *American Political Science Review*, 80(3): 735-760.
- McDonough, Peter, Samuel Barnes y Antonio López Pina. 1998. *The cultural dynamics of democratization in Spain*. Ithaca: Cornell University Press.
- McRae, Kenneth, ed. 1974. *Consociational democracy*. Toronto: McClelland and Stewart.
- Merkel, Peter H. 1988. «Comparing legitimacy and values among advanced democratic countries», en Mattei Dogan, ed., *Comparing pluralist democracies*. Boulder: Westview Press: 19-64.
- Miller, Arthur, Vicki. L. Hesli y William M. Reisinger. 1997. «Conceptions of Democracy Among Mass and Elite in Post-Soviet Societies», *British Journal of Political Science*, 27: 157-190.
- Mishler, William y Richard Rose. 1999. «Five years after the fall: trajectories of support for democracy in postcommunist Europe», en Pippa Norris, ed., *Critical citizens. Global support for democratic governance*. Oxford: Oxford University Press: 78-101.
- Montero, José Ramón y Mariano Torcal. 1990. «La cultura política de los españoles: pautas de continuidad y cambio», *Sistema*, 99: 39-74.
- Montero, José Ramón, Richard Gunther y Mariano Torcal. 1997. «Democracy in Spain: legitimacy, discontent, and disaffection», *Studies in Comparative International Development*, 32(3): 124-160.
- Morán, María Luz y Jorge Benedicto. 1995. *La cultura política de los españoles. Un ensayo de reinterpretación*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Moreno, Alejandro. 1999. *Political cleavages: issues, parties, and the consolidation of democracy*. Boulder, Colorado: Westview Press.
- Morlino, Leonardo y Franco Mattei. 1998. «Old and new authoritarianism in Southern Europe», en Stein Ugelvik Larsen, ed., *Modern Europe after fascism 1945-1980s*, Social Science Monographs. Boulder: Columbia University Press: 1752-1774.
- Morlino, Leonardo y José Ramón Montero. 1995. «Legitimacy and democracy in Southern Europe», en Richard Gunther, P. Nikiforos Diamandouros y Hans-Jürgen Puhle, eds., *The politics of democratic consolidation. Southern Europe in comparative perspective*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press: 231-260.
- Muller, Edward N. y Thomas O. Jukam. 1977. «On the meaning of political support», *The American Political Science Review*, 71(4): 1561-1595.
- Nordlinger, Eric A. 1972. *Conflict regulation in divided societies*. Cambridge: Center for International Affairs.
- O'Donnell, Guillermo. 1994. «Delegative democracy», *Journal of Democracy*, 5(1): 55-69.
- O'Donnell, Guillermo. 1996. *Contrapuntos*. Buenos Aires: Paidós.
- Offe, Claus. 2006. «Political disaffection as an outcome of institutional practices? Some post-Tocquevillean speculations, political disaffection and democratization history in new democracies», en Mariano Torcal y José Ramón Montero, eds., *Political Disaf-*

- fection in Contemporary Democracies: Social Capital, Institutions and Politics*. Londres: Routledge: 23-45.
- Pérez Díaz, Víctor M. 1993. *The return of civil society: The emergence of democratic Spain*. Cambridge: Harvard University Press.
- Powell Jr, Bingham. 1982. *Contemporary democracies: participation, stability, and violence*. Cambridge: Harvard University Press.
- Pridham, Geoffrey. 1995. «The international context of democratic consolidation: Southern Europe in comparative perspective», en Richard Gunther, P. Nikiforos Diamandouros y Hans-Jürgen Puhle, eds., *The politics of democratic consolidation. Southern Europe in comparative perspective*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press: 166-203.
- Przeworski, Adam. 1986. «Las condiciones económicas e institucionales de la durabilidad de la democracia», *La política*, 2: 89-105.
- Przeworski, Adam. 1991. *Democracy and the market*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Przeworski, Adam. 1996. «What makes democracies endure?», *Journal of Democracy*, 7(1): 39-55.
- Rose, Richard y William Mishler. 1996. «Testing the Churchill hypothesis: popular support for democracy and its alternatives», *Journal of Public Policy*, 16: 29-58.
- Rose, Richard y William Mishler. 2002. «Comparing regimes in non-democratic and democratic countries», *Democratization*, 9(2): 1-10.
- Rose, Richard, William Mishler y Christian Haerpfer. 1998. *Democracy and its alternatives*. Baltimore: Johns Hopkins Press.
- Ryder, Norman B. 1965. «The cohort as a concept in the study of social change», *American Sociological Review*, 30: 843-861.
- Schmitt, Hermann. 1983. «Party government in public opinion: A European cross-national comparison», *European Journal of Political Research*, 11: 353-375.
- Teorell, Jan. 2002. *Popular support for democracy in Russia: a cross-temporal comparison*, ponencia presentada en la conferencia «Consolidation in new democracies», Uppsala University.
- Torcal, Mariano. 2002. *Political disaffection in new democracies: Spain in comparative perspective*. Tesis doctoral, Columbus: Ohio State University.
- Torcal, Mariano. 2006. «Political disaffection and democratization history in new democracies», en Mariano Torcal y José Ramón Montero, eds., *Political disaffection in contemporary democracies: social capital, institutions and politics*. Londres: Routledge: 157-189.
- Torcal, Mariano. 2007. «The origins of democratic support in post-Franco Spain: learning to be a democrat under authoritarian rule?», en Nigel Townson, ed., *Spain transformed. The late Franco dictatorship, 1959-75*. Londres: Palgrave Macmillan: 195-226.

- Torcal, Mariano y José Ramón Montero. 2006. «Political disaffection in comparative perspective», en Mariano Torcal y José Ramón Montero, eds., *Political disaffection in contemporary democracies: social capital, institutions and politics*, Londres: Routledge: 3-19.
- Torcal, Mariano y Scott Mainwaring. 2003. «The political re-crafting of social bases of party competition: The case of Chile 1973-1995», *British Journal of Political Science*, 33: 55-84.
- Weil, Frederick D. 1994. «Political culture, political structure, and democracy: The case of legitimation and opposition», *Research on Democracy and Society*. Vol. 2, Greenwich: Jai Press: 104-106.
- Weingast, Barry. 1997. «The political foundations of democracy and the rule of law», *American Political Science Review*, 91: 245-63.
- Wert, José Ignacio. 1996. «Sobre cultura política: legitimidad, desafección y malestar», en Javier Tussell, Emilio Lamo de Espinosa y Rafael Pardo, eds., *Entre dos siglos. Reflexiones sobre la democracia española*, Madrid: Alianza: 113-151.

Presentado para evaluación: 19 de mayo de 2006

Aceptado para publicación: 2 de febrero de 2007

MARIANO TORCAL

Mariano.Torcal@upf.edu

(Madrid, 1962) Catedrático de Ciencia Política de la Universitat Pompeu Fabra y Coordinador Nacional de la *European Social Survey* (ESS) en España. Es Doctor por la Universidad Autónoma de Madrid y por la *Ohio State University*. Ha realizado diversas publicaciones en revistas profesionales nacionales y extranjeras de prestigio, algunas de las cuales han sido premiadas. Recibió el segundo premio Luebbert al mejor artículo publicado en inglés en 1997 por la Asociación de Ciencia Política de los Estados Unidos (APSA) y al mejor artículo publicado en revista profesional en el 2003 y libro en 2006 concedidos por la Asociación Española de Ciencia Política (AECPA). Libros recientes publicados: *España: Sociedad y Política en Perspectiva Comparada* (Valencia: Tirant lo Blanch, 2005, coeditado con Laura Morales y Santiago Pérez Nievas); *Political Disaffection in Contemporary Democracies. Social Capital, Institutions and Politics* (Londres: Routledge, 2006, coeditado con José Ramón Montero); *Ciudadanos, asociaciones y participación en España* (Madrid: CIS, 2006, coeditado con José Ramón Montero y Joan Font) y *Las Elecciones Generales del 2004* (Madrid: CIS, 2007, coeditado con José Ramón Montero e Ignacio Lago).